

Mitificación del dictador Rafael Leónidas Trujillo Molina en las novelas En el tiempo de las mariposas de Julia Álvarez y La fiesta del chivo de Mario Vargas Llosa

Por

Mayra L. Valentín Hernández

Tesis sometida en cumplimiento parcial de los requisitos para el grado de

MAESTRO EN ARTES

en

Estudios Hispánicos

UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO UNIVERSITARIO DE MAYAGÜEZ
2008

Aprobada por:

Jacqueline Girón Alvarado, PhD
Presidenta del Comité Graduado

fecha

Miriam González Hernández, PhD
Miembro del Comité Graduado

fecha

Roberto Fernández Valledor, PhD
Miembro del Comité Graduado

fecha

Alfredo Morales Nieves, PhD
Representante de la Escuela Graduada

fecha

Jaime L. Martell Morales, PhD
Director

fecha

Abstract

Human beings are dynamic, complex products of their biological, psychological and socio-cultural environments, which empower them as creators of history, literature and myth. This thesis examines the fusion of myth and history in the novels En el tiempo de las mariposas by Julia Álvarez and La fiesta del chivo by Mario Vargas Llosa and focuses specifically on the psychological archetype of the dictator. It explores the term of dictator and its manifestations in Latin American with detailed attention to the dictatorship of Rafael Leónidas Trujillo Molina. The thesis identifies and develops three stylistic resources that the authors use to provide deeper insight into this messianic figure of the Dominican Republic: presidential leadership, national politics and divinity.

Resumen

El ser humano es el producto complejo y dinámico de factores biológicos, emocionales, psicológicos, culturales y sociales que lo facultan como creador de historia, literatura y mitos. Esta tesis examina la fusión del mito y la historia a través del género novelístico. Además, consiste en un acercamiento psicológico al arquetipo del dictador. Presenta la evolución del término dictador y sus manifestaciones en Hispanoamérica. Se elabora el surgimiento, el desarrollo histórico, las consecuencias y la culminación de la dictadura de Rafael Leónidas Trujillo Molina. Describe el proceso de mitificación de este dictador que se da en las novelas En el tiempo de las mariposas de Julia Álvarez y La fiesta del chivo de Mario Vargas Llosa. Se identifican aquellos recursos estilísticos-narrativos que los autores utilizan para ahondar en la proyección del dictador como la figura mesiánica de la República Dominicana. Los recursos se dividen en tres categorías: Liderato como Presidente, Política nacional dominicana y Divinidad.

Dedicatoria

A mis padres, Nery y Tony, por su amor incondicional.

A mi hermano Macho, porque su nacimiento me infundió felicidad.

A mi amado esposo José, porque gracias a él mi vida rebosa de paz día tras día.

Agradecimiento

Gracias eternas a Jehová Dios por su sustento y por darle propósito a mi vida. Mi más humilde agradecimiento a la doctora Jacqueline Girón Alvarado por su dirección en la preparación de esta tesis. Prácticamente sin conocerme, porque nunca me dio clases, estuvo dispuesta a trabajar conmigo desde que la contacté. Muchos fueron sus consejos y aportaciones, mas no menor su paciencia conmigo en la elaboración de este estudio. De igual forma, mil gracias al doctor Roberto Fernández Valledor por sus acertadas sugerencias y correcciones. Va mi agradecimiento a la doctora Miriam González Hernández por su lectura minuciosa y sus correcciones estilísticas de esta tesis. A los tres, gracias por su guía y disponibilidad.

Agradezco, además, a María del Carmen Pérez, de la Sala Manuel Álvarez Nazario, por siempre ayudarme a encontrar las lecturas que necesitaba y al personal de préstamos interbibliotecarios por su diligencia en la búsqueda de recursos. A mi amiga María Verónica Rodríguez, gracias por el estímulo que tanto necesité para concluir esta tesis. Por último, y no menos significativo, agradezco a mi esposo porque muchas veces me recaló que sería capaz de terminar esta investigación.

Tabla de contenido

	Página
Capítulo I	
El mito, la historia y la novela	
El mito	1
El mito y el ser humano	3
El mito y la realidad	3
El mito y los géneros literarios	5
Origen y desarrollo del concepto dictador	7
El dictador en América	8
Concepto de la historia	
La historia, la sociedad y el mito	11
La novela y la historia	14
La dictadura hispanoamericana	15
Trujillo en la historia dominicana	16
Estilo del dictador	26
Antesala a la matanza de haitianos	32
El porvenir de la frontera	37
Muerte de Trujillo	39
Recapitulación	43

Capítulo II

Una metaforización de Trujillo: Convivencia con un dios dominicano

Julia Álvarez en las letras hispanas44

Trujillo transformado en mito En el tiempo de las mariposas46

Recursos estilístico-literarios de En el tiempo de las mariposas47

Liderato como Presidente

Proveedor del orden y de la paz47

Restaurador de las finanzas dominicanas52

Poderes absolutos53

Política nacional dominicana

Forjador y dueño de la “Patria Nueva”55

Defensor de la nacionalidad/hispanidad vs.

anti-haitianismo57

Apertura de la democracia vs. anti-comunismo59

Divinidad

Mesías esperado66

Omnipotencia y omnisciencia.....74

Eterna juventud75

Sexualidad desmedida y machismo76

Recapitulación77

Capítulo III

La última fiesta: La caída del dios dominicano del terror

Mario Vargas Llosa en las letras hispanas	79
Trujillo dios-hombre en <u>La fiesta del chivo</u>	81
Recursos estilístico-literarios en <u>La fiesta del chivo</u>	82
Liderato como Presidente	
Proveedor del orden y de la ley.....	82
“Ilustre” gobernante	83
Figura paterna/militar	83
Política nacional dominicana	
Forjador y dueño de la “Patria Nueva”	96
Dueño de vidas, forjador de una identidad	
“blanca dominicana”	97
Apertura de la democracia vs. anti-comunismo	98
Divinidad	
Mesías esperado	98
Omnipotencia y omnisciencia	103
Eterna juventud	105
Sexualidad desmedida y machismo.....	107
Recapitulación	109
Conclusión	112
Bibliografía	114

Capítulo I

El mito, la historia y la novela

Desde principios de la creación, el ser humano ha buscado la explicación a su mundo externo e interno. Para esto ha cifrado su fe y su esperanza en algún ser o en alguna fuerza superior. La agobiante gama de cuestionamientos filosóficos lo adentra en su psiquis para tratar de conseguir una respuesta a su búsqueda. Debido a la necesidad de explicar lo inexplicable surge de su conciencia el mito. Asimismo, esa conciencia individual y colectiva resulta ser el producto de experiencias vividas en la sociedad que mantiene unidas a las personas. Es evidente, entonces, que la historia, el mito y la literatura desempeñan una función importante en la vida humana al responder a sus interrogantes.

La historia constituye la memoria de los pueblos, ya que revela verdades humanas caracterizadas por una cosmovisión en la cual se destacan preferencias y preocupaciones singulares. La novela, a su vez, representa un vehículo imaginario para comprender la complejidad de la vida humana, pues recrea la realidad cotidiana. Por su parte, el mito sirve de paradigma y contribuye a la comprensión de realidades incomprensibles. En síntesis, la historia guarda personajes y acontecimientos que el arte perpetuará como mitos a través del género novelístico.

El mito

El vocablo mito ha recibido múltiples significados; por tal razón, nos fijaremos en aquéllos que sean pertinentes para este trabajo. Esto nos demuestra que un mismo término puede adquirir diversas acepciones y enfoques a través del tiempo. El mito es

motivo de estudio en los campos filosófico, psicológico, sociológico y literario, entre otros. En sus comienzos, el mito gozó de un sentido sagrado que luego fue sustituido por un aspecto más profano.

El mito ha existido siempre, es un fenómeno vital, inherente a la humanidad y cuyo origen se remonta a la era antes de Cristo. El concepto proviene del griego “mythos” y significaba cuento, manera de contar y/o modo de decir algo difícil de expresar verbalmente. Según Mircea Eliade en su libro Mito y realidad, el mito resulta una “[...] historia verdadera de inapreciable valor, porque es sagrada, ejemplar y significativa” (13). En términos lingüísticos, al mito se le aplica la dicotomía significante / significado. Esto se evidencia porque todo mito puede tener sus orígenes en algún suceso o personaje real que corresponde al significante. La interpretación o transformación de este último es el significado. En occidente, el mitólogo Jenófanes de Colofón, hacia el 565 – 470 a. de C., interpretó los mitos como “[...] fábulas de hombres de la antigüedad” y halló en ellos lecciones morales. Él obvió el sentido sagrado del mito, manifestado por la humanización de las deidades (Eliade 14).

El mito no es exclusivo de estas últimas, ya que su sentido puede incluir a los humanos. Tanto las deidades como los seres humanos pueden mitificarse. En tiempos modernos se intenta descifrar el mito desde la perspectiva de la dualidad sagrado / profano. En la actualidad, la tendencia es la apertura de su función. Por eso, en términos de factor tiempo, por ejemplo, el mito podría ser reciente y no siempre lejano. La humanidad no existe sin mito porque éste constituye un elemento alegórico en función explicativa de las inquietudes y requerimientos del ser humano establecido en sociedad.

Son los miembros de ésta quienes emplean, actualizan y cambian su definición. Por consiguiente, será imposible enmarcarlo de acuerdo a elementos estáticos porque su esencia es irracional e inefable.

El mito y el ser humano

El mito acompaña a la humanidad desde su creación. Las sociedades actuales, lo mismo que las primitivas, inventan, construyen y alimentan sus propios y particulares mitos. En su libro Mito y realidad, Eliade cita unos pasajes de Bronislav Malinowski en los que el último trata de desentrañar la función del mito de la siguiente manera: “Es un relato que hace revivir una realidad original y que responde a coacciones e imperativos de orden social” (32). Por lo tanto, el mito emanó del ser humano para satisfacer sus necesidades vivenciales. Aporta tal significación a su existencia que ha derribado barreras temporales e históricas para ser diseminado de generación a generación mediante la tradición oral y, gracias a la invención de la escritura, a través de los géneros literarios. El ser humano es el producto complejo y dinámico de factores biológicos, emocionales, psicológicos, culturales y sociales, que a veces producen angustia metafísica, pero a su vez lo facultan como ente creador de historia, ciencia, literatura y mitos.

El mito y la realidad

En el siglo XX, el mito significaba todo lo que se oponía a la realidad. De acuerdo con Roberto Fernández Valledor en su libro El mito de Cofresí en la narrativa antillana: “Lo mítico no puede desvirtuarse mediante el espíritu científico del individuo actual, ya que la categoría mitológica está afectada por un fondo de realidad” (21). Por ende, tanto la ciencia como el mito convergen en la búsqueda de la explicación de acontecimientos

reales. El mito es un medio para desentrañar la realidad, acercándose a ella. Casi todos los mitos tienen su génesis en la realidad. Se dice que nuestro entorno es la realidad. Por tal razón, hay realidades grupales o colectivas así como individuales. El mito domina nuestra conciencia adaptada por la realidad, puede surgir de la necesidad o la llamada “verdad.” Las personas son capaces de modificar su entorno. Se concluye que la “realidad” puede cambiar con el tiempo, de tal modo no se crea, sólo se transforma. Incluso así, la realidad colectiva nos da coherencia social y el mito, por su capacidad renovadora, puede adquirir nuevos significados y transformarse en esa realidad, de ahí su carácter dinámico.

Para Eliade, el mito, elemento modélico y verdadero, relata cómo, gracias a seres sobrenaturales, una realidad total o fragmentada ha venido a la existencia (18). De acuerdo a este planteamiento, la humanidad es producto de la intervención de estos seres y por ellos hoy somos sexuales, mortales y civilizados. Los llamados seres sobrenaturales cumplieron ya su función y, aunque en la actualidad muchos creen que aún influyen en nuestro mundo, hoy los mitos se proyectan por medio de la fascinación que siente la gente, el pueblo o determinado grupo social por la vida y las hazañas extraordinarias de ciertos individuos. Todo lo que no es igual es inferior o superior. Debido a sus hazañas ya descritas, el pueblo le adjudica el sello o etiqueta de “mito.” Hay artistas, deportistas y políticos, entre otros, que los fanáticos los transforman en mitos. Sus actos han sido superiores, memorables, increíbles y/o ejemplares, por eso, se les mitifica y se les nombra “personajes.” Sin duda alguna dejan huellas en la vida social y su magnificación está cargada de emotividad. Para llegar a ese plano superior al del

ciudadano común ha ocurrido un proceso de mitificación, el cual casi siempre es inconsciente y desmedido. Estos “personajes” tienen la capacidad de conmover positiva o negativamente a las masas. En nuestro estudio analizaremos la mitificación del dictador dominicano Rafael Leónidas Trujillo Molina en las novelas En el tiempo de las mariposas de Julia Álvarez y La fiesta del chivo de Mario Vargas Llosa.

El mito y los géneros literarios

Indudablemente existe una fusión entre los elementos literarios y los míticos. El enlace puede ocurrir en diferentes niveles: tan simple como un detalle, un suceso o un nombre mitológico o tan complejo como el despliegue y la elaboración de un mito poderoso. Diversos géneros literarios nacen de la mitología. La poesía épica tiene su origen en ésta y el drama surge del ritual mítico – religioso dedicado al dios Baco. La novela es un género tardío en la antigüedad. Última degeneración de la epopeya, la novela tuvo al principio un fondo de fantasía y se caracterizó por la ficción, por el predominio de la fantasía y por el libre juego de la imaginación creadora. La mitología es anterior a la expresión literaria; es producto de realidades vividas, transmutadas y perpetuadas por el proceso creativo humano. Por eso, Marcelino Peñuelas en su libro Mito, literatura y realidad destaca que cuando hablamos de creación en el campo literario:

[. . .] el hombre no crea, no puede crear en un vacío [. . .]; no puede imaginar nada que no conozca, consciente o inconscientemente, de antemano. Si a través del mito se crea o presenta la realidad, éste puede considerarse como “*metáfora vital*” (134).

Entonces mito y literatura se funden para proveer al ser humano un medio para recrear la realidad, la cual se producirá en el lector porque en él reaparecerá una vez se relacione con la obra. Es importante recordar que el acercamiento a un texto y su interpretación se basan en las experiencias previas del lector. Los autores deben estrechar la relación texto-contexto y lector mediante la incorporación de elementos míticos en sus obras. Si no lo hace, “[. . .] no producirá nada de valor” (Peñuelas 118). La mitología es un recurso tanto para la historia como para la novela porque a través de ella se puede presentar el ideal de vida humano. De acuerdo con Carlos Rama en su libro La historia y la novela: “La misma variación que en la historia observamos para presentar a las grandes figuras, puede verse en la novela en la figura del héroe” (27). Se recalca que para destacar el ideal se puede señalar el anti-héroe como elemento opuesto.

Desde sus inicios, la literatura hispanoamericana está plasmada de elementos míticos. Las sirenas, las amazonas, el dorado y la fuente de la juventud son algunos de los mitos que aparecen desde las primeras manifestaciones de la literatura hispana. El Popol Vuh de la civilización maya recrea el surgimiento del mundo. Asimismo, para la escritora Gabriela Pilot es representativa la existencia de libros de caudillo en nuestras letras, ya que se le considera un personaje arquetípico del continente. En su tesis titulada “El arquetipo patriarcal en El otoño del patriarca de Gabriel García Márquez,” Katzmn Feliciano cita al psicoanalista Carl Jung, quien destaca la existencia de contenidos mentales, cuya peculiaridad es su carácter mitológico. Estos contenidos pertenecen a la humanidad en general y constituyen el inconsciente colectivo. Éste no se desarrolla individualmente, sino que se hereda y consiste en formas preexistentes a las que Jung

denominó arquetipos (53-54). Jung identificó al arquetipo del dictador como la unión del arquetipo demoníaco con el concepto del héroe. Esta amalgama, a su vez, puede originar el proceso mitificador del dictador, como se evidenciará en las obras seleccionadas para este estudio.

Origen y desarrollo del concepto dictador

La etimología del término dictador es el verbo *dictare*, que significa dar órdenes. En su libro El dictador en la literatura hispanoamericana, Juan Carlos García presenta la evolución de la figura del dictador. Como personaje histórico, el dictador surgió en las instituciones romanas primitivas: era un maestro del pueblo, que los aldeanos libres seleccionaban por su sabiduría y por su sentido común. Su función como maestro abarcó las de guía, amigo y consejero de los sectores humildes. Representaba su voz ante las autoridades cuando éstos deseaban beneficios tales como: libertad de comerciar productos, trasladarse de una aldea a otra sin pago de impuestos especiales o de comprar a quien les vendiera más barato, entre otras. En fin, su función era de mediador entre los plebeyos y los patricios para evitar que se produjeran conflictos.

Desposeído de poder real, el dictador de las instituciones romanas no constituyó un sistema de gobierno. La posterior República romana acogió el título de dictador para nombrar a un funcionario gubernamental con funciones especiales que era designado por el Senado. Asumía la responsabilidad de los asuntos de estado en los siguientes casos: catástrofe telúrica, guerra con extranjeros, crisis política interna y guerra interna. Sus limitaciones eran tres: su poder era temporal, limitado a la duración de la crisis; segundo, sus medidas eran controladas por el Senado y, tercero, no podía designar sucesor. Con el

tiempo, en la sociedad romana hubo dictadores que cruzaron el límite de sus funciones, refundieron los poderes legislativo y ejecutivo y designaron a sus sucesores. Su figura se equiparó a la de un emperador. En la Edad Media, el vocablo mantuvo el significado de gobernante local.

Transcurrido el tiempo, la palabra se le adjudicó específicamente a personas que acumulaban mucho poder y que con sus decisiones socio-políticas perjudicaban a muchas personas. Así se les identificó con otros dos términos: déspota, concepto de origen chino que designaba a un señor generalmente abusivo y cruel, dueño de tierras y esclavos; y tirano, de origen griego, que designaba a quien no cumplía con la obligación de cuidar el bienestar de la comunidad. Ambos conceptos, de connotaciones normalmente negativas, se hicieron equivalentes a la palabra dictador. Posteriormente, por la forma en que conducían los asuntos, se les otorgaron los adjetivos cruel, injusto, ilegal, sanguinario, perverso y subversivo.

El dictador en América

Los conquistadores y colonizadores españoles se apropiaron de tierras, de poblaciones y de recursos al llegar al Nuevo Mundo. Al considerar a todas las culturas precolombinas como inferiores y/o diabólicas, se elaboró un plan de educación religiosa y sociocultural que eliminaba todo vestigio de las culturas originarias del continente americano. Así los europeos se erigieron como “Padres” de los “ignorantes” y “salvajes” indígenas. De esta forma se cumplió “[. . .] la función docente a través de la cual siempre se encuentra una función paterna” (Leclair 14). La humanidad necesita una guía, unas reglas y unos patrones determinados por un líder, que le permitan establecerse en

sociedad con la finalidad de coexistir y de convivir en armonía. De este modo, surge la figura del gobernante, “[. . .] descendiente directo de la figura paterna o patriarcal” (Feliciano 67). Afirma Hazera que el sustantivo patriarca contiene dos semes, patri y arca: patri del latín *pater* y del griego, también, *pater*, ambos con el significado de padre, y arca del griego *archein*, gobernar o comenzar (201). Añade que: “Su significado primario es padre-gobernante de una familia, tribu o raza. La denominación connota la condición de digno, respetable y venerable” (201).

Serge Leclaire, en su obra Para una teoría del complejo de Edipo, destaca algunas tareas o funciones del padre. Primeramente, el padre dadivoso es genitor, aquél que produce y reproduce (18). Por esta razón, Vargas Llosa, en una conversación con Enrique Krause, cita a Joaquín Balaguer, quien dice:

Desde el año 1930 el Ser Supremo decide confiar a alguien más la responsabilidad de salvar a la República Dominicana, y desde 1930 es Rafael Leónidas Trujillo Molina quien se echa sobre los hombros esta ímproba tarea, y la República Dominicana no sólo sobrevive sino que además deja de ser el paisillo atrasado, bárbaro que era y se convierte en un país que se llena de carreteras, de luz eléctrica y que empieza realmente a ingresar a la modernidad (Krause 23).

Otras de las funciones del padre son defender y posibilitar el acceso al bienestar. También el padre es quien goza de la madre. El término “madre” puede aplicarse a la patria y así, Trujillo dispuso y gozó de la mujer-madre-patria representada por la República Dominicana. El padre es el guardián de la ley. Su palabra es la ley que supera

todo lo dicho. Un gobernante, que se convierte en dictador como Trujillo, ejerce influencia política, social, religiosa y moral sobre su pueblo. Su palabra implica poder, es facilitadora y creadora, por lo tanto, “[. . .] de su presencia nacen los dones y su palabra es el viento de la vida” (Campbell 309).

Durante la colonización se llamó dictador, tirano o déspota a quien asaltó el poder de la autoridad designada por el Rey y quiso establecer un dominio personal en los territorios considerados de legítima pertenencia de la corona española. Uno de estos rebeldes destacados fue Lope de Aguirre:

[. . .] cuyos acontecimientos históricos y personajes de su época, comenzando por él mismo, han servido de fuente de la primera novela en la cual el dictador hispanoamericano es el personaje principal: Tirano Banderas de Ramón del Valle-Inclán (García 26).

El dictador de la literatura hispanoamericana representa una autoridad real y social dentro de la narración. Su juicio dictatorial se ejerce sobre personas, animales y objetos.

Las órdenes que emanan de esta autoridad no se desobedecen y tienen la facultad de crear situaciones nuevas. El dictador es, de esta manera, un personaje en el cual confluyen las características originales del concepto: es el que da órdenes y el que crea. Esto lo aproxima a ser entidad todopoderosa. El dictador es, en este sentido, “un dios” (García 27).

Las novelas bajo estudio presentan la figura del dictador y su proceso literario-mitificador. Con el estudio minucioso de En el tiempo de las mariposas y La fiesta del

chivo, desde el enfoque de los estudios de los mitos, deseamos aportar un nuevo enfoque que contribuya a una mejor comprensión de los textos.

Concepto de la historia

La historia, la sociedad y el mito

La historia es el conjunto de sucesos que conforman la memoria de la humanidad; no es una sucesión de eventos esporádicos. No sería historia una serie de hechos genéricos y aislados como el siguiente ejemplo: los soldados batallaron contra el enemigo, las tropas contrarias se rindieron y, luego, se estableció un nuevo régimen político. Para que sea historia, una narración debe tener causas humanas, temporales y geográficas, entre otras, que iluminen y expliquen. Ésta se refiere a los acontecimientos pasados. En el presente se accede al pasado para captarlo, conocerlo y entenderlo. Estos procesos se realizan mediante nuestro conocimiento e interpretación. En su libro Dialéctica del mito Aleksei Losev indica que: “La historia es siempre historia de los hechos comprendidos o comprensibles. Los hechos no comprendidos ni comprensibles ni siquiera son la historia” (118). De este modo despunta la subjetividad de los que narran la historia. ¿Cuáles son los criterios para que las múltiples interpretaciones sean correctas o no? Probablemente será en el futuro que se determine con precisión la respuesta.

La relación entre historia, sociedad y mito parece evidente a simple vista. A través del tiempo, la historia ha tenido mitos o éstos últimos se han basado en el elemento histórico. La idea de que los mitos o las figuras míticas tienen base histórica se remonta

al tiempo de los griegos cuando Euhemero de Messenia¹ dijo que los mitos eran idealizaciones o torcidas narraciones de hechos históricos.

Es importante saber por qué el ser humano huye del presente para entender su historia. Tal vez nos trasladamos para buscarle sentido y razón de ser a lo que estamos viviendo. En nuestra búsqueda, podríamos crear el mito como representación explicativa de la vida. Si ésta no es feliz ni satisfactoria, buscamos cambiarla. A veces el mito consuela a la humanidad rescatándola del caos social en el que se encuentra sumergida. Martín Sagrera en su libro Mitos y sociedad indica que: “Los mitos no son exclusivamente narraciones ejemplares que todos deben imitar - como relatos de dioses que trabajan, engendran, etc. - sino que procuran integrar incluso los pecados, las desviaciones de las normas sociales, hasta las más graves” (145). Hay épocas históricas en las que las condiciones de vida son tan nefastas que requieren la creación de mitos para aplacar la severidad. Para Sagrera:

[. . .] la disciplina intelectual severa, una obediencia ciega, total, sagrada, al jefe es la única que puede salvar la comunidad cuando el mero hecho de ir a la derecha o a la izquierda en busca de agua o de un abrigo, o incluso el mero hecho de detenerse algún tiempo para discutirlo, puede decidir la vida de sus miembros (71).

Los fascistas declaran que el jefe siempre tiene la razón y Aristóteles opinaba que los mitos han sido creados con el fin de conseguir la obediencia a las leyes. Cuando el ser humano se sumerge en situaciones agobiantes, puede también forjar los mitos o

¹ Escritor griego nacido a fines del siglo IV a. C. Es autor de Historia sagrada, tratado filosófico en el que describe los dioses como seres humanos, héroes y guerreros (Peñuelas 70).

mitificar a los causantes de éstas para solapar sus injusticias. Usa el mito como recurso para entender y/o aceptar el sistema socio-político al cual pertenece. Destaca Sagrera que las dictaduras tienden a insistir sobre la imposibilidad de concebir un hecho objetivo, para concentrar así todas las fuerzas psíquicas del pueblo en un punto determinado y, esta deficiencia o deformación, podrá sólo ser justificada en caso de que la dictadura misma lo sea (47). En fin, el mito puede ser el producto de una época de crisis. En los planteamientos anteriores podría estar la raíz a la mitificación de Trujillo. Mediante lo expuesto, el pueblo dominicano quizás pudo no haber tenido otra salida ante la opresión del trujillato que mitificar a su representante, el dictador. Elevar al plano mítico a esa figura permitiría un aparente equilibrio social. En capítulos posteriores se abundará sobre este aspecto.

Se ha evidenciado que los hechos por sí solos no representan la historia. En su interpretación se determina la historia; es allí donde se intercala el proceso mítico y el mito adquiere vida. Éste tampoco es la historia misma, pero podría definirse como interpretación re-creadora de la historia. El mito está al servicio de la historia para desentrañarla.

El estudioso Federico Sainz declara: “Cuando el hombre sabe, crea la historia. Cuando el hombre ignora, crea el mito” (Sagrera 44). Historia y mito pueden ser inseparables. Las civilizaciones cultas también crean mitos. Por ejemplo, hoy día en E.E. U.U. se defienden y compiten apasionadamente dos teorías sobre la creación del universo: la evolución vs. el génesis bíblico. Para muchos, la segunda teoría es una

corriente mítica y para otros la fe les impide suponer que esté cimentada en elementos míticos.

El tiempo es un factor determinante a la hora de estudiar los mitos porque está estrechamente vinculado con la historia, que es temporal, mientras que el mito es atemporal. Esto significa que el tiempo no necesariamente rige los mitos como hace con los hechos históricos, a los cuales delimita. Por eso, el mito es el recurso para evadir el tiempo presente y escudriñar el pasado. Así se podría encontrar la base para una mejorada vida futura, teniendo una visión ampliada de la historia. Es imposible olvidar que la historia constituye la memoria de la humanidad. El vivir experiencias comunes otorga cohesión a los miembros de la sociedad. Como afirma Sagrera:

La parte más significativa y personal de la historia es la mitología, que une no sólo en lo pasado, sino que por su carácter ejemplar compromete a una acción similar en lo futuro; de ahí el papel fundamental que desempeña la mitología, sobre todo en determinadas épocas, en orden a unir (sic) los miembros de un grupo (69).

La novela y la historia

En un principio, la historia y la novela pretendían satisfacer la curiosidad por la realidad. Ambas tienen un denominador común: surgen de la epopeya. En el Diccionario de la Lengua Española una de las acepciones de epopeya es: “Conjunto de hechos gloriosos dignos de ser contados épicamente” (638). Por otro lado, el término “historia” significa: “Narración y exposición de los acontecimientos pasados y dignos de memoria sean públicos o privados” (826). Carlos Rama postula que: “La historia es un órgano del

conocimiento de nosotros mismos, un instrumento indispensable para construir nuestro universo humano” (12). Este estudioso indica que tanto la historia como el mito tienen vitalidad (41). Entonces, la novela es el vehículo para representar el mundo real usando el recurso ficticio; es decir, es la visión, interpretación o filosofía de la historia. Éstas se complementan y dependen una de la otra. La novela está dirigida a un público que espera que la narración resulte verosímil y que los hechos narrados manifiesten la historia. Se puede establecer que ambos quehaceres permiten una mejor interpretación y un mejor conocimiento del ser humano a través de los tiempos.

La dictadura hispanoamericana

Las dictaduras en Hispanoamérica en el siglo XX tienen unas características que las distinguen de los regímenes dictatoriales de otros lugares del mundo. Entre los rasgos diferenciadores se encuentran: la existencia de una constitución, la celebración de elecciones periódicas, la división del gobierno en tres poderes, a saber: legislativo, ejecutivo y judicial; además, su estructura de gobierno está inspirada en la Constitución de los Estados Unidos y la Declaración de Derechos Humanos está tomada de la Francia revolucionaria. En una sociedad gobernada sobre estas bases se espera que los ciudadanos disfruten los derechos democráticos y que el sistema sea aplicado de forma justa e imparcial. Esto no ocurre así en las dictaduras hispanoamericanas. Los regímenes dictatoriales en Hispanoamérica:

[...] merecen mejor el nombre de tiranía; en el sentido de que la dictadura supone un régimen formal propio y lo que existe en Hispanoamérica son situaciones de hecho en violación de la aparente Ley formal. Son

instrumentos al servicio de la voluntad omnímoda de un hombre fuerte, que suele ser Presidente de la República (De Galíndez² 1).

En el siglo XX, casi todos los dictadores hispanoamericanos no se preocupaban de alterar la estructura formal del Gobierno porque preferían mantener una apariencia constitucional democrática, pero verdaderamente sometían todas las instituciones estatales a su forma y deseo.

Desde el siglo XIX, surgen reformas que favorecen el tipo de dictadura que imperará en la República Dominicana durante los años 1930 al 1960. Cada partido traía consigo un cambio constitucional en sentido contrario del gobierno al mando. Cuando un candidato ganaba la presidencia, se incorporaban los cambios con el propósito de otorgarle más facultades al Presidente y restárselas a los demás poderes del Estado, a fin de eliminar libertades individuales y extender el mandato presidencial.

Trujillo en la historia dominicana

El abuelo paterno de Rafael Leónidas Trujillo fue el capitán José Trujillo Monagas, oficial de la policía secreta española, quien antes de regresar a su patria dejó en San Cristóbal un hijo, Pepito. Este niño nació en el año 1865 de madre criolla, Silveria Valdez. Por la rama materna de Rafael Leónidas Trujillo, su abuelo fue el dominicano

² Al finalizar la Guerra Civil Española, Jesús De Galíndez recibió asilo político por parte de Trujillo. Laboró en la Secretaría de Estado de Trabajo y en la Escuela Diplomática. En 1946 se trasladó a Nueva York y se hizo ciudadano norteamericano. Desde allí ayudó al exilio dominicano. Dictó cátedra en la Universidad de Columbia, donde presentó su tesis doctoral La era de Trujillo. En marzo de 1956, De Galíndez desapareció. Semanas antes se había anunciado la publicación de su libro sobre Trujillo. Su cadáver nunca se encontró. La prensa y el FBI le adjudicaron la responsabilidad absoluta al régimen trujillista. Esta agencia federal identificó un pequeño avión con matrícula falsificada, cuyo piloto despegó ilegalmente de Long Island, Nueva York, en dirección a Florida la noche del secuestro. El piloto se llamaba Murphy y trabajaba en Dominicana de Aviación.

Pedro Molina y la abuela, Luisa Chevalier, hija de haitianos. Esta pareja procreó a Julia Molina, quien se unió en matrimonio a José “Pepito” Trujillo Valdez en 1885. Tuvieron cuatro hijas y siete hijos. Uno de éstos fue Rafael Leónidas, quien nació el 24 de octubre de 1891. Trujillo sólo estudió hasta nivel elemental. Como dato relevante sobresale que durante su juventud estuvo en prisión por el robo de ganado y caballos en su población natal de San Cristóbal. Cuando tuvo dieciséis años trabajó como telegrafista.

También se destaca que durante la ocupación militar norteamericana a la República Dominicana de 1916 a 1924, Trujillo se hizo militar. Él mismo se dirigió al Comandante de la Guardia Nacional y en enero de 1919 prestó juramento como Segundo Teniente provisional en la región oriental de su país natal. En octubre de 1922 lo ascendieron a Capitán. Cuando el ejército norteamericano organizó la Guardia Nacional, Trujillo quedó como Policía Nacional del nuevo gobierno dominicano. El 6 de marzo de 1924 ascendió a Mayor Comandante, luego del asesinato del Mayor anterior, J. César Lora. En diciembre de ese mismo año, pasó al puesto de Teniente Coronel, Jefe de Estado Mayor de la Policía Nacional, con residencia en la capital. Un año después, el presidente Horacio Vásquez lo nombró Coronel Comandante de la Policía. Realizó una excelente labor administrativa al mando de esta agencia porque la reorganizó y la hizo eficaz. En 1927, esta Policía aumentó sus efectivos, se elevó al rango de Ejército Nacional y su jefe recibió el nuevo rango de General de Brigada. El Presidente Vásquez lo condecoró con las insignias como Jefe del Ejército en la parada militar del 15 de

agosto de 1927. Trujillo conservó el puesto de General Comandante del Ejército Nacional dominicano hasta el golpe de 1930³.

La principal causa para este suceso fue la mala situación económica del país.

Según José Labourt en su libro Trujillo: Seguiré a caballo:

La corrupción administrativa campea por sus fueros, la gasolina ha experimentado un alza que experimentó una huelga de choferes, comienza la recesión mundial, y Horacio Vásquez que a pesar de haber concluido su mandato constitucional sigue en el poder por dos años más, se apresta a buscar una reelección (19).

Sin lugar a dudas, el Partido Nacional de Vásquez redujo simpatías entre sus seguidores. Horacio Vásquez renunció a la presidencia el 2 de marzo de 1930 y Rafael Estrella juramentó como Presidente provisional, luego de haber encabezado una revolución en Santiago la noche del 22 de febrero. Los enemigos de Trujillo aseguran que fue el cerebro de la revolución y que sus actos fueron de traición. El periodista Rafael Vidal y el licenciado Roberto Despradel estaban presos por razones políticas y se dieron cuenta que Trujillo sería buen instrumento para derribar al Presidente. Lo atrajeron hacia su causa, pero desconocían las aspiraciones personales de Trujillo. En una entrevista con uno de sus biógrafos oficiales, Lawrence de Bessault, se le preguntó cuándo pensó por primera vez en ser Presidente y contestó: “Desde que empecé a pensar en algo, cuando era niño” (17). A la segunda pregunta, que indagaba cuándo se decidió definitivamente a

3 Los críticos usan varias denominaciones para referirse a este evento. Entre éstas se encuentran: golpe, revolución, movimiento revolucionario y movimiento rebelde. En ocasiones, se usan dos términos simultáneamente, como De Galíndez, quien lo llamó golpe y revolución (La era de Trujillo 11).

ser Presidente, respondió que el mismo día que empezó a pensarlo. Con esa determinación y firmeza, Trujillo hizo lo preciso y necesario para lograr su deseo.

La revolución comenzó el 22 de febrero de 1930. Hubo un ataque a la Fortaleza San Luis, que aparentó una defensa simbólica. José Estrella estuvo al frente de las operaciones militares. Rafael Estrella Ureña, postulado a la Vicepresidencia por el Partido Progresista, y el General Desiderio Arias encabezaron la dirección política de la revolución. Trujillo paralizó la reacción gubernamental simulando estar a favor del Presidente, mientras conspiraba con los dirigentes revolucionarios. Simultáneamente, mantenía en su poder a la mayoría de los soldados. Algunos de los miembros del Gobierno sospecharon de Trujillo desde la última ausencia del Presidente e intentaron convencerle del peligro que representaba, pero Vásquez siguió convencido de su lealtad. En la madrugada del 23 de febrero, el general José Estrella comenzó su marcha hacia la capital. El Presidente llamó a Trujillo, pero éste le contestó que estaba enfermo. Así, el primero se dirigió a la Fortaleza Ozama y el segundo le reiteró su lealtad. Juntos decidieron que una compañía de soldados cortara el paso de los rebeldes. Vásquez dispuso que estuvieran comandados por el Coronel José Alfonseca, quien se dirigió a encontrarse con los revolucionarios. Mientras, Trujillo llamó al sub-jefe y hombre de su confianza, Simón Díaz, para reemplazar Alfonseca. También le ordenó no disparar contra los rebeldes. A las 10:30 de la noche, varias tropas revolucionarias se acercaban a las afueras de la capital y Trujillo permanecía en la Fortaleza. Cuando el ministro de los Estados Unidos Charles Curtis supo esto se comunicó por teléfono con Trujillo, quien le dijo que las tropas gubernamentales habían sido rodeadas por las revolucionarias y

obligadas a rendirse. Su mentira y su traición se confirmaron cuando en la mañana del 25, Curtis viajó por la carretera de Santiago y, a poca distancia de la capital, encontró a las tropas gubernamentales sin haber disparado un solo tiro. Mientras tanto, el Presidente abandonaba la Fortaleza Ozama convencido de la traición de Trujillo. En la madrugada del 26 las primeras tropas revolucionarias se apoderaron de la capital sin lucha, bajo el mando del general Estrella. Dos días después renunciaron el presidente Vásquez y el vicepresidente Alfonseca. Rafael Estrella Ureña se convirtió en Presidente provisional. A los cinco meses y medio, exactamente el 16 de agosto de 1930, se realizaron las elecciones generales. Los votos a favor de Trujillo fueron 223,731 y tan sólo 1,883 en contra. Definitivamente La 42, pandilla formada por hombres del Ejército y civiles que cometían toda clase de atropellos y asesinatos y que Trujillo había confiado a un oficial llamado Paulino, logró su propósito de infundir temor para obtener los votos necesarios. El general Trujillo se convirtió en Presidente de la República Dominicana y Estrella Ureña en su vicepresidente.

En su libro La era de Trujillo, que inicialmente fue su tesis doctoral, De Galíndez destaca ocho períodos sucesivos en la era de Trujillo. Éstos se resumen a continuación: el primero va desde el golpe de febrero de 1930 hasta la toma de posesión de Trujillo en agosto. Durante este tiempo son eliminados los partidos que habían triunfado en las elecciones de 1924: el Partido Nacional Horacista y el Partido Progresista Velasquista. Surgen partidos pequeños como el Liberal de Desiderio Arias y el Republicano de Estrella Ureña. Además, la crisis económica mundial afecta duramente a la República Dominicana.

El segundo período se manifiesta desde que Trujillo asumió el poder. Él logró imponer su dominio personal, eliminó a los partidos y a las personalidades que le respaldaron en 1930. A veces la eliminación fue silenciosa como sucedió con Rafael Vidal, Secretario de la Presidencia a quien en enero de 1931 Trujillo lo despojó de su función al frente del Departamento de Sanidad. En otras ocasiones eliminó personas escandalosamente como sucedió con Estrella Ureña y, también, de forma violenta como sucedió con Desiderio Arias. Trujillo invitó a este ex - senador a una fiesta para celebrar un acuerdo de amistad. Por suerte, Arias se dio cuenta de que unos asesinos esperaban su salida para matarlo y escapó. Se escondió en las montañas de Mao, donde las tropas de Trujillo lo asesinaron. Le cortaron la cabeza y se la llevaron a Trujillo, quien ordenó que se la unieran al cuerpo. Cuenta la historia que el dictador “[. . .] premió con un ascenso al oficial que se la cortó, Ludovino Fernández” (Labourt 35). Miembros del gabinete del presidente Vázquez también encontraron la muerte, como fue el caso de Virgilio Martínez, vilmente asesinado junto a su esposa embarazada. Los soldados de Trujillo dispararon contra la pareja en el interior de su casa y, luego, descuartizaron el cuerpo del poeta, arrancándole la nariz. A principios de 1932 desaparecieron los partidos de la Confederación y sólo quedó el nuevo partido personal del general Trujillo, más tarde conocido como Partido Dominicano.

El tercer período culminó hacia 1935. La imposibilidad de lucha política democrática provocó una serie de conspiraciones para derrocar a Trujillo. En ese proceso reafirmó su poder personal y ganó las elecciones de 1934. El cuarto período lo ocasionó la matanza de haitianos en 1937. Trujillo tuvo que renunciar a la reelección de 1938

porque “[. . .] el Departamento de Estado había puesto veto al hombre responsable de la matanza de haitianos⁴” (De Galíndez 41). El 16 de agosto de 1938 juramentó el nuevo Presidente, Jacinto Peynado, sin embargo, nada cambió porque Trujillo siempre tuvo el poder.

La quinta etapa coincide con el estallido de la Segunda Guerra Mundial. Trujillo regresó a fines de 1939 con su dominio personal más evidente que nunca. Asumió la presidencia en mayo de 1942 y su estilo político se desarrolló en sus típicas renuncias de legisladores y jueces. El sexto período fue peligroso para el régimen trujillista, como consecuencia de la victoria de las Naciones Unidas en la Segunda Guerra Mundial. Los primeros síntomas de agitación se manifestaron en 1945, con la simbólica actividad de los estudiantes universitarios que no revistió peligro, pero Trujillo se vio forzado a adoptar apariencias democráticas y avanzadas por el movimiento obrero, por el llamamiento de los partidos políticos y por la oposición que se solicitó en el periódico La Opinión. Trujillo superó este período. El restablecimiento del tráfico comercial tras la conclusión de la Guerra ayudó a la economía dominicana y permitió a Trujillo reforzar su ejército.

Durante el séptimo período que se extendió desde 1947 hasta 1952, Trujillo fue amo y señor de la República Dominicana nuevamente. El anticomunismo le proporcionó fácil cobertura para aplastar toda oposición, no necesitó siquiera adoptar apariencias de libertad simulada. El país alcanzó un apogeo económico insospechado. Un octavo período se despuntó desde 1952. Trujillo aparentó pensar en su sucesión. Se convocó a

⁴ Sobre este particular abundaremos más adelante.

una asamblea del Partido Dominicano y allí se determinó la elección del sumiso hermano del Generalísimo, Héctor B. Trujillo, como candidato presidencial. El 16 de agosto de 1952 juramentó como Presidente, pero su hermano Rafael siempre fue quien mantuvo el poder.

Para De Galíndez, la prueba de libertad o tiranía de un régimen se revela en la prensa diaria. Si en un país se puede calificar de arbitrarios los actos de un gobernante, ésa es la mejor prueba de que en conjunto existe libertad. Pero si en un país sólo se leen y se escuchan elogios del gobernante y jamás una crítica, ésa es también la mejor prueba de su tiranía. Por consiguiente, la dictadura de Trujillo no fue tan sangrienta como afirman los exiliados. El estilo trujillista se caracterizó por otro tipo de dominación incruenta; fue mucho más eficaz el hambre y la seguridad de que no era posible ganarse la vida sin adherirse al régimen. Prefirió forzar la colaboración de un antiguo enemigo para humillarlo, a su eliminación violenta que a la postre acuse al régimen. Fue típico de su régimen burlar las garantías constitucionales en la vida diaria. En los seis años de convivencia que De Galíndez tuvo con los dominicanos, el único derecho individual que encontró íntegramente aplicado más o menos en la práctica fue el relativo a la libertad de conciencia y de cultos. Casi todos los dominicanos eran católicos, pero se respetaba el culto de la minoría protestante y el de algunos refugiados judíos. Otra libertad que se aplicaba casi íntegramente era la de enseñanza. Como en la mayoría de los países latinos, el Estado marcaba las líneas de la enseñanza en todos sus grados, pero dentro de ese cuadro general funcionaban escuelas y colegios privados. El derecho de propiedad no solía correr más peligro que cuando se entrecruzaban los intereses privados de Trujillo y,

a veces, algunos de los miembros de su familia o los favoritos de turno. Si surgía ese interés, estaba probado que no valía la pena intentar acción judicial alguna y muy difícil sería encontrar un abogado que se atreviera a defender el caso. En el caso de los negociantes prósperos, tarde o temprano, tenían que aceptar como socios a personalidades del régimen para no sufrir fiscalizaciones y multas que arruinaran el negocio. Otro grupo de derechos que no existía eran la libertad de expresión y la libertad de asociación y reunión. Nadie podía celebrar un acto, público o privado, donde se demostrara una desavenencia con el régimen y con su actuación; tampoco se podía organizar de modo permanente un partido político o asociación parecida, sin previa autorización del Gobierno. El otro conjunto de derechos inexistentes lo formaban: la inviolabilidad de la vida, la inviolabilidad de la correspondencia, la libertad de tránsito y la seguridad individual.

En cuanto a la primera, no podía imponerse la pena de muerte, sólo en casos de traición o espionaje durante períodos de guerra. Para probar que no se cumplía este derecho, De Galíndez menciona algunos ejemplos de cómo las personas fueron ejecutadas. En unos casos “[...] habían muerto en combate” con la fuerza pública, en otros habían muerto en la cárcel, sin que se hayan dado explicaciones de su desaparición; a veces aparecían muertos en la carretera en extraños accidentes o simplemente desaparecían sin dejar huella. En cuanto al estilo de simulación legal del régimen, se popularizó la “ley de fugas.” Cuando un delincuente merecía la pena de muerte se simulaba el intento de fuga y el policía encargado de su custodia tenía que disparar

ocasionándole la muerte. Cabe destacar que la mayoría de las víctimas eran asesinos o ladrones, según el régimen.

La censura de las cartas solía ser realizada en persona por el administrador de correos, el señor Ureña. No todos los sobres se abrían; al parecer pasaban las cartas procedentes y dirigidas entre personas que no inspiraban sospecha, pero abrían unas cuantas de ellas por si acaso. Esta censura era clandestina y los sobres no presentaban prueba de haberse abierto.

Evidentemente, no existían más restricciones públicas para entrar y salir del país, pero los consulados no extendían visados de entrada sin asegurarse de la ideología política del visitante. En cuanto al tráfico interior, la policía ejercía una cuidadosa supervisión sobre todos los movimientos de ciudad en ciudad. En la carretera existían numerosos puestos del Ejército que detenían a los vehículos para pedir la cédula personal de identidad a los viajeros y anotar el número de tablilla. Otra vigilancia policial consistía en llenar una ficha al ingresar en cualquier hotel. El propietario debía remitir la ficha con los datos personales del transeúnte todos los días a la policía.

El inciso de seguridad individual establecía que toda persona detenida tenía que ser puesta a disposición de un juez dentro de cuarenta y ocho horas de su detención o puesta en libertad y toda persona privada de libertad sin causa o sin las formalidades legales, sería puesta en libertad a requerimiento suyo o de cualquier otra persona. Lo cierto era que si la policía decidía detener a una persona, lo hacía. A veces, la detención policial se prolongaba por meses antes de que el caso se resolviera en libertad o en un juicio que diera legalidad a todo lo sucedido.

Estilo del dictador

Toda figura política posee un estilo personal, detrás del político se encuentra el ser humano. Es común que a través de la historia, y en algunos sistemas de gobierno, se desarrollen la megalomanía⁵, el nepotismo⁶ y la adulación⁷. “No deja de ser sorprendente que a mediados del siglo XX se repitan en una pequeña isla del Mar Caribe aberraciones que parecen pertenecer a la Historia o a la Novela” (De Galíndez 180). En cuanto al primer aspecto este autor señala varios ejemplos. Cada vez que se reproduce la fotografía de Trujillo, se requieren varias líneas de tipografía: Su Excelencia el Generalísimo Doctor Rafael Leónidas Trujillo Molina, Honorable Presidente de la República, Benefactor de la Patria y Reconstructor de la Independencia Financiera de la República, entre otros. En 1940 se le nombró Catedrático de Economía Política de la Universidad de Santo Domingo; cátedra que nunca ocupó. Otros nombramientos honorarios se mencionaban en los periódicos sin saber su origen: “Primer Maestro” y “Primer Periodista.”

En cuanto a la nomenclatura de lugares, en cualquier mapa se encontraba que la capital era Ciudad Trujillo, que había una provincia Trujillo y que la montaña más alta era el Pico Trujillo. En mapas detallados había poblados con nombres de la familia Trujillo. Ocurría lo mismo con los sellos de correos y en las letras de algunos merengues,

⁵ Manía o delirio de grandezas (Diccionario de la Lengua Española 1003).

⁶ Desmedida preferencia que algunos dan a sus parientes para las concesiones o empleos públicos (Diccionario de la Lengua Española 1069).

⁷ Acto de hacer o decir con intención, a veces inmoderadamente, lo que se cree que puede agradar a otros (Diccionario de la Lengua Española 35).

como aquél de 1939, que decía: “Yo contento estoy al regresar el general y el pueblo ya es feliz contigo aquí, Benefactor.” Había puentes, carreteras, plazas, paseos, etc. que llevaban su nombre. Menciona De Galíndez la contradicción que todos estos nuevos nombres suponen con una nueva ley del régimen, promulgada en 1930, en virtud de la cual se prohibió dar nombres de personas a calles, villas, ciudades, etc., a no ser que llevasen diez años muertas. Todas las designaciones con el nombre de Trujillo o de sus familiares requerían en cada caso una ley especial derogando parcialmente la de 1930. Recibió otros honores, como: colocar una lápida con su nombre en todo edificio construido durante su administración, colocar su busto en las dos Cámaras, colocar una lápida en su honor en el Baluarte del Conde, grabar su nombre junto al de los Padres de la Patria, proclamarle el primero y el más grande de los Jefes de Estado y haberle concedido el Premio Anual del Libro en 1938.

Según De Galíndez, en aquella época Trujillo fue el primer hombre de negocios del país. Algunos de esos negocios beneficiaron la economía de la República Dominicana frente a los pasados abusos extranjeros. Todos estos negocios rindieron ganancias personales a Trujillo y el éxito se logró mediante un monopolio, legal o violento, declarado o de hecho, absoluto o parcial, pero siempre impuesto gracias a su tenencia del poder. Su primer negocio fue el monopolio de la sal impuesto en 1932. La compañía dominicana de la familia Michelena explotaba las salineras del sur antes de 1930. La Ley de 1932 establecía que las salineras estaban amenazadas de agotarse, prohibió sacar más sal de ellas y fijó un impuesto adicional a los ya existentes de 15 centavos por cada saco de 50 Kilos. Inmediatamente, Trujillo estableció una compañía

salinera de tipo privado bajo protección oficial, la cual constituyó la base de su fortuna. Otro de sus negocios fue la Compañía de Seguros San Rafael, que eliminó una compañía norteamericana previamente establecida. La nueva empresa no ejerció dominio absoluto sobre los seguros en el país, pero se lucró de los seguros contra accidentes de trabajo.

Además, el Presidente tuvo un gran negocio visible: el pastoreo de vacas y el procesamiento de sus productos. Al dictador le gustaba pasar muchos días en la Hacienda Fundación, llevaba a sus huéspedes de honor y se complacía en mostrarles sus vacas y caballos. Fue dueño de la mejor granja y obtuvo una grandiosa suma por la venta de la leche y de otros productos de ganadería en competencia normal. En cuanto a la lotería, ésta era una de las fuentes de ingresos públicos en los países iberoamericanos.

Cuando subió al poder, Trujillo la reorganizó y puso a su cuñado a administrarla. En la República Dominicana existía el rumor de que la mayor parte de los beneficios se repartía entre los cuñados. En ocasiones, los primeros premios no se otorgaban por suerte, sino que se atribuían a personas que merecían un regalito por sus servicios. Trujillo también organizó la Compañía Dominicana de Aviación, la cual monopolizaba el tráfico aéreo interno. De Galíndez, también, menciona que el dictador se beneficiaba, a través de otras personas, de suministros oficiales del Ejército o servicios de uso obligado por sus miembros, como las medicinas y las lavanderías. Asimismo consiguió ingresos personales de ciertos suministros de consumo necesario y general, como el acueducto de agua y la venta de carbón vegetal. En lo referente a la prensa escrita, los periódicos La Nación y El Caribe eran propiedad particular de Trujillo, aunque se cree que pudo haber cedido acciones a ciertos amigos para simular mejor la conveniente compañía anónima.

De los beneficios económicos que obtenía de estos negocios, este dictador poseía residencias privadas en todo el país, viajaba al extranjero, hacía fiestas de archimillonario y compraba objetos de lujo como lo fueron su automóvil y su yate. Por esto, De Galíndez declara:

En ninguno de los años que viví en la República Dominicana vi que el Presidente Troncoso de la Concha se permitiera el menor derroche extraordinario a pesar de que ya era uno de los mejores abogados del país mucho antes de que Trujillo soñara con ser dueño de la Hacienda Fundación (189).

El nepotismo del dictador se manifestó rápidamente que subió al poder. En su primer gobierno de 1930 ya tenía varios familiares ocupando puestos destacados. Su tío Teódulo era Secretario de Estado, su hermano Virgilio era diputado y su otro tío, Plinio, ejercía la misma función. En los años sucesivos se destacaron las carreras de sus hermanos Virgilio y Aníbal, del tío Teódulo y el ascenso a diputado de su padre José Trujillo hasta que murió en 1935. Dos miembros jóvenes de la familia ascendieron a carreras mejores y duraderas. Su hermano menor Héctor Bienvenido Trujillo era desconocido al producirse el golpe de 1930; sin embargo, meses después ocupaba cargos importantes. Por muchos años fue el único miembro adulto de la familia que no sufrió desgracias y que por veinte años ocupó los puestos más prominentes, sólo superado por el propio dictador. La otra persona fue su primogénito Rafael L. “Ramfis” Trujillo Martínez, quien siendo hijo ilegítimo, a los cuatro años de edad fue nombrado Coronel del Ejército. La señora madre de Trujillo, doña Julia, fue Primera Dama y Primera Madre

de la República; además su imagen fue impresa, también, en sellos de correos. Vale la pena recordar que “[. . .] fue una mujer sumamente discreta y sencilla, pese a los honores que su hijo volcó sobre ella” (De Galíndez 193). Muchos otros miembros de la familia Trujillo: hermanos, tíos, sobrinos, cuñados y yernos tuvieron cargos muy importantes. Conviene mencionar que Lina Lovatón, personaje de la novela En el tiempo de las mariposas, fue una mujer real. La única favorita que no fue su esposa legal, pero vivió en Miami con sus hijas. Nunca tuvo cargo oficial, pero su hermano Mencho fue Vicecónsul en Miami con el propósito de mantenerla cerca. Todo esto es muestra del trato especial y preferencial que mostró Trujillo hacia su familia a costa del gobierno. Todo lo expuesto significa que “Trujillo quizás no fue el Benefactor de la Patria sino el Benefactor de la familia Trujillo” (De Galíndez 194).

En cuanto a la adulación y al servilismo, De Galíndez cita una anécdota impresionante. Al comenzar cada curso en la Escuela Diplomática y Consular, se practicaba un examen de ingreso para seleccionar los candidatos. Un año, la pregunta más complicada era sobre las civilizaciones pre-colombinas en América. Un candidato respondió que la civilización pre-colombina más importante en América era la República Dominicana en la gloriosa Era de Trujillo. En la reunión de profesores costó trabajo convencer a algunos de que había que rechazarle, pero su argumento era que había mencionado al Jefe. Este joven demostraba un desconocimiento craso de historia y de cultura, pero había sido entrenado desde chiquito en el culto oficial a Trujillo. Esta técnica de la propaganda no iba encaminada hacia ninguna concepción estatal sino personal. En los métodos usados en la dictadura, Trujillo repetía técnicas usuales en la

Rusia de Stalin o en la Alemania de Hitler. No cabe duda de que el sistema educativo contribuía a inculcar en las mentes de los educandos la idea de que Trujillo todo lo sabía y todo lo podía. Su retrato aparecía por dondequiera. La casa del difunto presidente Peynado proclamaba: “Dios y Trujillo.” Los anuncios de la lotería nacional repetían: “Trujillo siempre” y nada se hacía en la República Dominicana que no fuera por “la iniciativa del Generalísimo.” Menciona De Galíndez que él mismo tomó una foto de un niño que cargaba un cartel que leía “Trujillo es mi padre” en la manifestación que el Consulado General dominicano en Nueva York organizó al dictador el 22 de febrero de 1952. Curiosamente, vio también un letrero en la puerta del manicomio de Nigua que leía: “Todo se lo debemos a Trujillo.”

Un ejemplo de servilismo se evidenció en una foto de un periódico norteamericano en la que se veía al Embajador Tomen inclinado para arreglarle la camisa a Trujillo antes de entrar a un despacho. En otra ocasión, un Secretario de Estado prominente fue humillado en una reunión y contestó que el Jefe era justo hasta cuando castigaba. Cuando su hermano Héctor fue Presidente y los hombres de negocios lo visitaban, les decía nervioso que tenía que hablar con su hermano sobre cualquier asunto.

Otro aspecto del estilo personal de Trujillo es que mezclaba sus egoísmos personales con el servilismo oficial. Elaboró leyes durante el curso de sus 25 años con el efecto de facilitar la solución de un problema personal o familiar. La nueva ley de divorcio promulgada el 19 de febrero de 1935 establecía que una causa de divorcio era: “La voluntad de uno de los cónyuges, si los esposos no han procreado hijos durante los cinco años siguientes a la celebración del matrimonio, ni posteriormente” (36). Trujillo

necesitaba divorciarse de su segunda esposa, Bienvenida Ricardo, para casarse con la madre de Ramfis, María Martínez Alba y así solucionó el problema. El divorcio y la boda se consumaron legalmente ese mismo año. Diecinueve años más tarde, Trujillo firmó el Concordato con la Santa Sede en el que se suprimía el divorcio para los católicos. La segunda ley que ejemplifica De Galíndez fue la promulgada el 26 de mayo de 1939, que concede a los hijos ilegítimos reconocidos similares derechos que los atribuidos legalmente. El rumor general relacionó con fundamento esta ley con la prole de Lina Lovatón y con cierta Odette, hija de una prominente dama divorciada, pues Ramfis ya estaba legitimado desde 1935.

Antesala a la matanza de haitianos

Las Antillas de Haití y la República Dominicana forman una isla bañada por las mismas aguas. La frontera territorial que las divide provocó negociaciones entre Trujillo y el presidente haitiano Stenio Vincent. En febrero de 1935 se firmó un acuerdo fronterizo que permitió el intercambio de visitas de un país a otro y para 1937 millares de haitianos vivían en territorio dominicano permanentemente. La presencia haitiana creció y se hizo sentir con mucha influencia. Muchos niños nacidos en territorio fronterizo dominicano recibieron el bautismo en Haití. Con la presencia del creole, dialecto francés hablado por los haitianos, llegó el vudú cuya práctica en las fronteras compitió con el cristianismo. La circulación de la moneda haitiana en la frontera dominicana fue otra muestra de su fuerte presencia. El río Masacre, llamado de este modo luego de haber sido receptor de sangre haitiana, sirvió de frontera natural entre los dos países. La

población dominicana de Dajabón al este del río y la población haitiana al oeste del mismo estaban separadas por un kilómetro de distancia.

Cuando Trujillo estuvo a cargo del Departamento Sur de Barahona durante la ocupación militar americana, participó en el tráfico de haitianos hacia la República Dominicana para obtener beneficios económicos. Los obreros eran vendidos porque realizaban la tarea del corte y recolección de caña de azúcar en grandes cantidades.

Como maestro que era Trujillo del engaño y la simulación, al mismo tiempo que conducía las amistosas negociaciones fronterizas con Vincent, el dictador dominicano estaba enfrascado en un secreto complot para derrocar al gobierno haitiano, a través de contactos iniciados en 1935 con elementos de poder en Haití (Aquino 111).

De seguro, Trujillo quería tener el poder absoluto sobre la isla completa. La noche del 2 de octubre de 1937 hubo una fiesta frente a la tesorería del Ayuntamiento de Dajabón. En su libro Holocausto en El Caribe, Aquino García narra con detalles lo que aconteció allí. Trujillo vistió su uniforme verde olivo para resaltar sus rangos militares e hizo galas de sus habilidades de bailarín. En un momento sorprendió a los presentes y les comunicó:

Yo he venido aquí esta noche a decirles que acabo de completar un recorrido por la zona fronteriza desde Pedernales hasta Dajabón. He podido observar que grandes propiedades de tierra están en manos de haitianos y que nuestros ciudadanos en la frontera se quejan de continuos

robos de ganado y cosechas por los haitianos. Me he convencido de que la gente estaría feliz si se resolviera este problema (117).

Hizo entonces una pausa y mientras daba una fuerte patada en el piso que retumbó por todo el salón de madera afirmó: “Hay que arreglarlo, se acabó el robar” (117). Concluyó afirmando que había dado órdenes a los comandantes en la zona fronteriza para que eliminaran dos o tres haitianos en cada pueblo para amedrentar a los demás y que les dieran 24 horas para marcharse del país. Esta mínima cantidad de haitianos se convirtió en centenares.

La planificación de este genocidio fue anticipada y cautelosa. Los soldados dominicanos asesinaban a los haitianos a puñaladas o a palos. Trujillo ordenó matarlos así para que se creyeran que campesinos dominicanos los mataron al sorprenderlos robando. Los soldados cargaban rifles y de esta forma no se les podía responsabilizar por la matanza. El 3 de octubre, el ejército dominicano atemorizó a decenas de haitianos mostrándoles cadáveres de sus compatriotas para que esparcieran la noticia de que tenían 24 horas para salir del país.

Aquino García, quien cuando niño conoció personalmente a Trujillo y visitó su Estancia Rhadamés por ser compañero de clases e hijo de la maestra de su nieto Ramfis Rafael, documentó testimonios de haitianos sobrevivientes o testigos de la hecatombe. Familias dominicanas que tenían sirvientes o trabajadores haitianos trataron de salvarlos encubriéndolos o facilitando sus salidas del país. Natividad tenía cinco años cuando Cuchufa la escondió debajo de la cama por varios días. Los guardias iban casa por casa preguntando si había algún haitiano. Al llegar a casa de Cuchufa, ésta contestó que no y

salvó a la niña. Una sirvienta haitiana que trabajó desde joven en casa del Capitán Bosonó recibió un balazo en el pecho mientras servía la mesa. Su mismo patrón, obligado a seguir órdenes, la asesinó frente a su esposa, quien necesitó meses de tratamiento en un sanatorio. Otro caso es el de Jimenés, zapatero que escapó de la prisión y le dispararon, pero tuvo la suerte de llegar herido a Haití. Otra haitiana de 15 años llegó a su casa un día y los vecinos le dijeron que se escondiera porque la guardia se había llevado a sus padres para matarlos, mas la joven se entregó para morir junto a sus padres. Cenalia tenía 20 años. Los agarraron a ella, a su esposo y a su niño. Primero mataron al esposo y Cenalia les rogó que no mataran a su hijo. Los soldados lo agarraron por los pies y lo estrellaron contra un árbol. Ella tuvo que levantar su brazo izquierdo y un soldado le enterró un puñal en ese lado del pecho. La dieron por muerta, pero más tarde recuperó el conocimiento y arrastrándose cruzó la frontera. Muchos haitianos pensaron que no serían atacados por tener hijos, padres o cónyuge dominicano o por haber nacido en República Dominicana de padres haitianos, pero se equivocaron. También fueron asesinados haitianos descendientes de dominicanos.

Los dominicanos de color negro debían pronunciar la palabra *perejil* para demostrar que no eran haitianos, pues éstos no podían pronunciar con claridad la *R* y decían *pelejil*. No poder decir *perejil* correctamente a la orden de un soldado equivalía a una sentencia de muerte (Aquino 120).

Los soldados dominicanos reclutaron civiles para eliminar a los haitianos. Uno de éstos fue Juan Emilio Sosa, “Burrungo,” quien a sus 83 años le relató a Aquino su participación:

Cuando los detenían, la guardia les decía que era para sacar sus cédulas y para papeles de migración. Los amarrábamos, el brazo derecho de uno amarrado al brazo izquierdo del de al lado, todo el mundo: hombres, mujeres y niños sin diferencia alguna. Entonces los llevábamos a los brocales, las zanjas ya preparadas y los parábamos enfrente para que al morir cayeran en los hoyos. Uno tenía que pararse detrás y soltar la soga al que se iba a matar, que se ponía de rodillas y uno le cortaba el pescuezo de un machetazo, cayendo al suelo. Iban como corderos; no ofrecían resistencia. Es más, muchos pedían que los mataran primero para no ver caer a los otros. A mí primero, decían muchos (126).

No obstante, la prensa dominicana ignoró por completo la masacre de haitianos. Se supo que miles murieron, pero el silencio impuesto por el gobierno impidió conocer el número de muertos. Los haitianos eliminados se identificaban como cédulas en el código secreto:

El número promedio de cédulas reportadas los tres primeros días sería de unos 4,200 por día o sea 12,600 los tres primeros días y unos 4,500 en total para los siguientes tres días y unos 600 para los últimos dos días, para un total aproximadamente de 18,000 cédulas en los ocho días. Esta cantidad correspondió a las zonas de la frontera, que no incluía la región del Cibao. Se cree que las cédulas del Cibao sumaron unas 9,000 en los ocho días, o sea 27,000 en total. Un estimado conservador de 20 a 25,000 haitianos muertos durante el operativo resulta realista. La cifra real pudo ser mayor que este estimado (Aquino 133).

El porvenir de la frontera

La noticia de la matanza se esparció al exterior por viajeros de Haití a Puerto Rico y a Cuba. El 15 de octubre, Vincent y Trujillo firmaron un acuerdo secreto en el cual éste último se comprometió a investigar lo sucedido y castigar a los culpables. El 21 de octubre el New York Times, al publicar las primeras noticias del acto, indicó que las relaciones entre Haití y la República Dominicana no habían sido alteradas. De esta forma, Vincent se vio forzado a denunciar la matanza: “La extraña actitud de pasividad demostrada por Vincent al principio podía deberse sólo a una razón: miedo a Trujillo” (Aquino 135). El reportero Quentin Reynolds entrevistó a ambos Presidentes por separado. Vincent respondió:

[. . .] nuestro ejército es apenas suficientemente grande para vigilar el país. Tenemos una población de 3 millones y un ejército de 2,500. Esto es más que suficiente para la vigilancia interna. No tenemos problemas serios aquí en Haití. Nuestros vecinos tienen un ejército de no menos de 5,000 y tienen aviones y artillería. Sería una locura para nosotros pensar en pelear. Nunca creímos que seríamos llamados a defendernos. Siempre pensamos que los dominicanos eran nuestros mejores amigos. No hace mucho que firmamos un pacto con ellos prometiendo eterna amistad. Hemos pedido a Cuba, Estados Unidos y México usar sus buenos oficios para mediar en el problema (136).

El mismo entrevistador opinó de Trujillo:

El presidente Trujillo es buen mozo, piel color cobre, con pelo grisáceo peinado hacia atrás. Tiene unos ojos grises que irradian amistad y cuando se sonríe a uno le dan ganas de empezar a cantar. Cuando le dijo que Haití creyó que su ejército cometió la matanza, declaró: “La matanza, tengo entendido, fue hecha con cuchillos y machetes. Mi ejército - sonrió - lleva rifles y usa ametralladoras” (137).

El dictador reaccionó de esta forma porque no quería ni le convenía el establecimiento de la Comisión Internacional que había pedido Haití. El Secretario de Estado y amigo íntimo de Trujillo, Cordell Hull, apoyó la constitución de una comisión. Ante la presión, el dictador aceptó el procedimiento de Conciliación Internacional y agradeció a Estados Unidos por sus esfuerzos. Esta Comisión se reunió varias veces en Washington con representación de ambas partes y la República Dominicana estuvo de acuerdo en pagar una indemnización de \$750,000 dólares.

Trujillo quiso derrocar a Vincent y sus deseos se cumplieron cuando Elie Lescot llegó a la presidencia de Haití con su apoyo financiero. Pero este Presidente no se dejó manipular por Trujillo. Un nuevo presidente, Estimé, subió al poder en 1946. Trujillo usó a su secretario de interior, Anselmo Paulino, para reducir la cantidad de \$750,000 que debía pagar a Haití. Los sobrevivientes del genocidio o sus familiares vieron muy poco o nada de la indemnización pagada por Trujillo a su gobierno.

Recordemos que por las venas del dictador Trujillo corría sangre haitiana; su bisabuela materna nació y vivió en Haití. Su nombre lleva la sangre del más horrible genocidio del Caribe. La obtención de gloria y poder le impidieron asimilar la

inmensidad del dolor que provocó a sus hermanos haitianos, quienes a partir de 1937 y durante “su era” no hicieron más que respetar la frontera.

Muerte de Trujillo

Luego de la matanza de haitianos, el dictador Trujillo perdió el favor de la jerarquía eclesiástica y el apoyo de Washington. A pesar de esto, se mantuvo firme en el poder y aumentaron impunemente los asesinatos políticos y las torturas a las cuales sometía a los encarcelados en Nigua. Para estos terribles crímenes utilizó a su aliado Johnny Abbes, quien introdujo la silla eléctrica como medio de tortura en la República Dominicana. En el ocaso de su tiranía, Trujillo “[. . .] rompió sus propios patrones de criminalidad en esta desesperada etapa de su gobierno, asesinando fríamente a tres mujeres opositoras, las hermanas Mirabal” (Aquino 154). Este crimen provocó oposición dentro del mismo gobierno de Trujillo, quien recibió sugerencias para que abandonara el poder y se estableciera la democracia.

El primer intento fue en el verano de 1960. Un oficial del Servicio de Inteligencia del Consulado Americano, indicando que actuaba por cuenta propia, le reveló personalmente a Trujillo que el gobierno en Washington enviaría la Marina en su contra si no renunciaba. En febrero de 1961 ocurrió el segundo intento. El diplomático William Pawley, amigo de Trujillo, y el senador Smathers de Florida le sugirieron retirarse con honores al más alto nivel. Trujillo sólo escuchó. El dictador:

[. . .] tipificaba el ciudadano de baja clase social, que era la inmensa mayoría de la población, carente de la alta distinción, heredada por algunos desde tiempo colonial. Para cambiar la humillante percepción de

ser de abajo, Trujillo había usado todo el peso de su poder militar, y toda la fuerza de la riqueza nacional que él había creado, para forzar su reconocimiento como la primerísima y más alta persona del país (Aquino 157).

Su dictadura fue única, pues había llegado a ese nivel subiendo peldaño a peldaño infundiendo temor físico y psicológico, del cual ahora ostentaba poder absoluto. El desprendimiento de su poder simbolizaba la muerte misma. Él se denominó un dios ante la sociedad dominicana y, sin duda, aquella lo veneró como tal. Renunciar a su poder era más que una derrota, constituiría su final.

Los agentes de la CIA en Ciudad Trujillo estaban en contacto con el grupo que formulaba un plan para matar a Trujillo a través de Wimpy, dueño de un supermercado. Mediante este hombre, el grupo recibió las armas que utilizarían en el asesinato de Trujillo. Llegó el 30 de mayo de 1961. El teniente Amado García Guerrero, miembro del Cuerpo de Ayudantes de Trujillo, lo vio salir de la casa de su madre a las 7:00 de la noche vestido con su uniforme verde olivo, lo que indicaba que viajaría a su rancho en San Cristóbal. De inmediato avisó a sus compañeros conjurados del asesinato. A las 8:00, todos estaban en las posiciones ensayadas. Dos carros esperaban en las afueras de la capital. Huáscar Tejada y Pedro Cedeño en uno y Roberto Pastoriza en otro, a dos kilómetros de distancia del primero. A la salida misma de la capital se situó otro carro con Antonio Imbert Barreras al volante, acompañado de Antonio De la Maza, García Guerrero y Salvador Estrella Sadhalá. Al ver el carro de Trujillo, viraron en redondo para perseguirlo y alcanzarlo, disparándole al pasar. En caso de evadir la persecución,

los otros dos carros tenían la misión de impedir el paso del carro de Trujillo. Todos los automóviles estaban estacionados en dirección contraria a la que vendría Trujillo para no levantar sospechas. Los conjurados llevaban rifles M-I semiautomáticos facilitados por la CIA y armas personales calibres 45 y 38.

Existía otro grupo que establecería las reformas políticas necesarias, una vez Trujillo estuviera muerto. Éste estaba compuesto por el general Juan Tomás Díaz, Luis Amiamá Tió y el mismo secretario de las Fuerzas Armadas, Román Fernández, casado con una sobrina de Trujillo y quien daría un golpe de estado luego del asesinato de Trujillo.

De la casa de su madre, a quien visitaba diariamente, Trujillo caminó hasta la Avenida George Washington para luego dirigirse a su rancho en San Cristóbal, pero antes le pidió a Román Fernández que lo acompañara a una inspección inesperada a la base aérea de San Isidro, posponiendo así su muerte. Al salir visitó unos minutos a su hija Angelita y se dirigió con su chofer, Zacarías de la Cruz, en dirección a San Cristóbal. La espera dio resultados. Imbert, De la Maza, García Guerrero y Estrella finalmente vieron el carro de Trujillo y fueron tras su presa. Trujillo y su chofer tenían tres ametralladoras en el carro y armas personales. La del dictador era un revólver calibre 38 que le había regalado el general Francisco Franco, de España. Cuando Imbert pudo maniobrar para colocarse paralelo al vehículo de Trujillo, De la Maza y García Guerrero dispararon contra él. Zacarías, herido en un hombro, miró hacia atrás y vio a su jefe sangrando. Trujillo quería defenderse y Zacarías, regresar a la capital. Trujillo intentó salir del carro para defenderse; el chofer sí lo hizo y disparó al carro atacante desde el suelo. Trujillo

logró salir del carro y disparó varias veces. Imbert y De la Maza cruzaron la calle hacia el carro de Trujillo. Zacarías, quien sobrevivió para contarlo, logró sacar la ametralladora del asiento trasero, pero recibió un disparo en la cabeza, cayendo inconsciente. De la Maza llegó primero; vio a Trujillo tambaleándose y le disparó otra descarga que le hizo caer. Entonces pateó el cadáver y se le paró encima. Le quitó la pistola de la mano derecha y con ella misma le dio un último disparo.

Arturo Espaillat, miembro del servicio de seguridad de Trujillo, se encontraba en el restaurante El Pony cuando escuchó los disparos. Recordó haber visto pasar el carro de Trujillo minutos antes y se fue en dirección oeste. Llegó a tiempo para presenciar la muerte de su jefe. Rápidamente, se dirigió a casa de Román Fernández para decirle lo que había visto, pero como aquél era parte del complot marchó con Espaillat a la escena del crimen. Al regresar a su casa, le informaron que Amiama Tió lo vino a buscar y le urgía verlo. Román sabía que era para informarle de la muerte de Trujillo y evitó el contacto con sus cómplices marchando a su campamento militar en el este de la ciudad. De esta forma traicionó a sus compañeros conjurados, ignorando lo que le sucedería luego.

No hubo golpe de estado. Los conjurados dejaron pruebas que los identificaban, por ejemplo: una calibre 45 y el Mercury amarillo que conducía Roberto Pastoriza, quien fue recogido una vez muerto Trujillo. Ante la imposibilidad de la toma del poder político y militar, los conjurados trataron de esconderse. Sólo Imbert Barreras y Amiama Tió encontraron refugios adecuados, los demás fueron ejecutados por Ramfis, el hijo de Trujillo. Román Fernández también fue capturado y sometido a torturas hasta provocarle

la muerte. El 19 de noviembre de 1961 la familia Trujillo salió de la República Dominicana. El 2 de diciembre del mismo año, Imbert Barreras y Amiama Tió salieron a la luz pública para asistir a una misa para dar gracias a Dios por sobrevivir a la persecución de los Trujillo. De esta forma culminó la dictadura más temible del Caribe.

Recapitulación

El mito es inherente al ser humano. Todas las sociedades a través del tiempo han elaborado mitos para satisfacer sus necesidades vivenciales. Está íntimamente ligado a la realidad y a los géneros literarios, que son recursos para expresarlos. También está ligado a la historia de los pueblos, cuyos ciudadanos recurren a los mitos para recrear, transformar o aceptar su realidad. La humanidad puede explicar y justificar su entorno representado por los sistemas sociales y políticos. En las novelas En el tiempo de las mariposas y La fiesta del chivo se narra el período histórico que comprende la dictadura del presidente Rafael Leónidas Trujillo Molina.

Nuestro objetivo principal será evidenciar que la sociedad dominicana presentada en estas novelas que discutiremos en los próximos capítulos eleva a un plano mítico a su tirano. Identificaremos los recursos novelísticos que sirvieron para mitificar a Trujillo. Éstos estarán divididos en tres categorías: referentes a su liderato como presidente, a su política nacional dominicana y a su divinidad. Cada recurso evidencia cómo los personajes construyen la mitificación del dictador.

Capítulo II

Una metaforización de Trujillo: Convivencia con un dios dominicano

Julia Álvarez en las letras hispanas

Julia Álvarez, autora de la novela En el tiempo de las mariposas, nació en Nueva York el 27 de marzo de 1950. Es la segunda de cuatro hijas de padres dominicanos. Con tan sólo un mes de nacida, su familia regresó a la República Dominicana. Al convertirse su padre en un opositor declarado del régimen trujillista, la familia emigró nuevamente a Estados Unidos cuando Julia tenía diez años. Aquí la joven estudió y se graduó del Middlebury College en 1971. Cuatro años después, obtuvo una maestría en creación literaria de Syracuse University. Desde entonces, se dedica a impartir clases en distintos niveles educativos, desde primaria hasta universidad; asimismo publica ensayos, poemas y relatos en diferentes revistas. En la actualidad, Álvarez vive en Vermont con su esposo, el oftalmólogo, Bill Eichner.

La obra de Álvarez generalmente gira en torno a la vida de las mujeres y los inmigrantes hispanos a los Estados Unidos, por esta razón, se clasifica como una escritura de la diáspora o del exilio. Se le llama así a este tipo de literatura cuando es creada por personas cuyo origen étnico no coincide con el del país donde se produce su obra. Éste es el caso de Julia Álvarez, quien vive en Estados Unidos y escribe en inglés; sin embargo, su producción gira principalmente en torno a la República Dominicana, donde transcurrió su niñez. Alfredo Villanueva en su artículo “Diáspora, literatura étnica y el *cul-de sac* (callejón sin salida) puertorriqueño,” publicado en el periódico Visión, hizo las siguientes declaraciones al referirse a la diáspora puertorriqueña:

Mientras comamos bacalaítos, bailemos salsa, y lloremos a los acordes del “Lamento borincano” seremos puertorriqueños, no importa que no hayamos nacido en la isla, que no hablemos ni escribamos la lengua materna y seamos marcados como colonia estadounidense por la comunidad de naciones (18).

Si aplicamos estas palabras a la diáspora dominicana, Álvarez puede, sin duda, llamarse dominicana porque aunque haya nacido y en la actualidad viva en Estados Unidos, su producción literaria trata temas de su origen étnico como veremos a continuación.

Su primer libro, How the García Girls Lost their Accents (1991), narra la vida de cuatro hermanas inmigrantes de la República Dominicana que tratan de armonizar dos culturas diferentes en su diario vivir. In the Name of Salomé (2000) relata la vida de la insigne poeta dominicana Salomé Ureña y de su hija Camila Henríquez Ureña. También trata sobre la historia y el desarrollo tanto cultural como político dominicano por medio de la conexión emocional-afectiva entre una madre, encarnada en dicha poeta, y una hija, la mencionada Camila, en un extenso período que comprende desde la segunda mitad del siglo XIX hasta la primera mitad del siglo XX. Sus libros recientes incluyen: Before We Were Free (2002) y Finding Miracles (2004).

En 1994 publicó In the Time of the Butterflies, que se tradujo al español al año siguiente. Esta novela recrea el ambiente y los eventos principales vividos por la nación dominicana bajo la dictadura de Trujillo y presenta la oposición de las hermanas Mirabal contra el gobierno, creada de manera ficcional por la pluma de Álvarez. Esta obra tiene la facultad de impactar tanto a los lectores de habla inglesa y a los de etnia latina criados en

Estados Unidos como a cualquier hispanoamericano o de otras nacionalidades. De acuerdo con Danushka González en su artículo “En el tiempo de las mariposas de Julia Álvarez: Escribiendo el espacio de lo femenino:”

Su escritura se define como el lugar de reencuentro. Porque si bien es cierto que la novelística de Álvarez pulsa hechos de la historia y de la memoria dominicanas, los está actualizando en una lengua que capta también a otro lector no dominicano propiamente: el hijo o el nieto del emigrante, “americanizado” pero portador simbólico – a veces a su pesar – de la otra tierra que lo condena a la diferenciación (100).

Trujillo transformado en mito en En el tiempo de las mariposas

La novela está dividida en 12 capítulos, un epílogo y una postdata. Se construye sobre saltos cronológicos mediante la técnica de introspección. El relato comienza en 1994, pero narra eventos desde 1943 hasta 1960. En el primer capítulo aparece Dedé, la narradora principal y única hermana sobreviviente de la tragedia familiar. Mientras narra, transporta al lector al tiempo real, transformado por la ficcionalidad. Las historias de sus hermanas Patria, Minerva y María Teresa fluyen cronológicamente. Mantiene el interés del lector la prosa depurada y la intensa caracterización de las Mirabal, sobre todo el espíritu de lucha, justicia e igualdad de Minerva, que es digno de admirar frente al espíritu mancillado y sumiso del pueblo dominicano que presenta la novelista.

Como ya hemos señalado, un mito es el relato modélico de unos seres con unas características sobrenaturales, quienes han originado una realidad inherente a un grupo social. En la novela En el tiempo de las mariposas de Julia Álvarez, apreciamos la

mitificación de la figura histórica del dictador Rafael Trujillo porque sus actos, funestos las más de las veces, son engrandecidos al punto de lo increíble y de lo sobrenatural. Además, dictan pautas en la vida colectiva de los personajes representativos de la sociedad dominicana que aparecen en la novela. Por tal razón, los personajes lo mitifican de una forma irracional y desmedida, elevándolo a un plano superior al humano. En el relato se presenta la vida dominicana bajo la dictadura. Al hacer esta radiografía colectiva, la voz narrativa recoge la manera en que el dictador logra transformar su figura para que el pueblo la conciba magnificada. A través de la obra, auscultaremos cuáles rasgos utiliza la autora para lograr la mitificación del dictador Trujillo y cómo estas características ficcionales están sostenidas por la historia.

Recursos estilístico-literarios de En el tiempo de las mariposas

Liderato como presidente

Proveedor del orden y de la ley

En el capítulo VI, Minerva encontró en el bolsillo de su padre la invitación a una fiesta privada que ofrecía Trujillo en una de sus mansiones. Tenía una nota en la cual se indicaba que la señorita Minerva Mirabal no dejara de asistir. Su madre se asustó y no quería que su hija fuera; hasta pensó en conseguir un certificado médico como excusa para que la joven se quedara en casa:

Después de todo, las migrañas y el asma no estaban contra la ley, ¿no?

-Trujillo es la ley- susurró papá, como hacíamos cada vez que pronunciábamos el fatídico nombre¹ (107- 08).

La afirmación del padre “Trujillo es la ley” destaca la estrecha vinculación del orden civil a la figura del dictador. Durante la fiesta se hacen a un lado las mesas y empieza la música. Es una costumbre de rigor que nadie baile antes que Trujillo: “La pista permanece vacía, pues así debe ser hasta que El Jefe haya bailado la primera pieza” (114). Entonces, Trujillo se levantó e invitó a bailar a la esposa del embajador español. Mientras, Minerva recuerda las palabras de advertencia de su amigo revolucionario, el extremista Virgilio “Lío” Morales: “Este régimen es seductor. ¿Cómo, si no, puede toda una nación ser presa de un solo hombre?” (114).

Una pregunta similar planteó Juan Bosch en su artículo Psicología de los dominicanos, en el cual resalta la predisposición del pueblo dominicano a la opresión del dictador. La ascensión de Trujillo tuvo razones políticas y personales, ya explicadas. Bosch establece la siguiente interrogación: “¿en qué medida contribuyó el carácter nacional dominicano a facilitar esa ascensión? Hubo sin duda una disposición del carácter de su pueblo que Trujillo aprovechó en su beneficio. ¿Cuál fue?” (26).

Juan Bosch destaca como una característica psicológica común en casi todos los dominicanos la susceptibilidad en grado enfermizo. Este rasgo puede resultar de un incidente insignificante, como diferencias de opiniones entre vecinos o familiares, lo cual a su vez provoca agresividad y afecta las relaciones personales por la sensibilidad y la

¹Los fragmentos citados en este estudio corresponden a: Julia Álvarez, En el tiempo de las mariposas. 3era ed. (República Dominicana: Editora Taller, 1997).

falta de autocontrol. La sociedad dominicana tuvo algunas causas para comportarse así.

Bosch alude a que:

[...] nadie jamás se preocupó por ella. Los caudillos la llevaron a morir, arma en mano, y ya en el poder gobernaron para el estrecho círculo que dirigía la economía y la política del país. Ni siquiera se conoce en la historia dominicana el caso de un caudillo demagogo que le haya hablado al pueblo de su derecho a una vida mejor (27).

Durante la Era de Trujillo, los campesinos morían sin usar zapatos, sin embargo, su régimen es tan horrendo que “[...] castiga con prisión a los que transitan descalzos por las calles de pueblos y ciudades” (Bosch 27). Menciona, además, que el pueblo dominicano estaba inconforme y padecía de un complejo de inferioridad que lo inhibía y le impedía realizarse en un destino nacional. Este erudito también resalta la incoherencia de la población; pues mientras la gente deseaba una cosa, hacía otra; reconocía intelectualmente lo bueno y lo malo, pero no actuaba para poner lo primero como norma de vida; quería algo y no luchaba por conseguirlo. Indudablemente, Trujillo manejó con gran perspicacia su régimen dictatorial. A través de la imposición del temor, logró la cohesión del pueblo dominicano en un aspecto: la obediencia ciega a su persona.

En la fiesta, a Minerva le correspondió bailar con Trujillo. Ella aprovechó para confesarle que sentía que desperdiciaba su vida en Ojo de Agua, el poblado donde vivía. Él le dijo que la podía llevar a la capital, a lo que ella respondió:

Eso es exactamente lo que trato de hacer, convencer a Papá de que me deje ir a la universidad –confieso, enfrentando a este hombre con mi

padre. Si El Jefe dice que quiere que yo estudie, Papá tendrá que dejarme. –Siempre quise estudiar Derecho (116).

Este comentario demuestra que Trujillo tomaba decisiones que afectaban hasta la vida íntima de las familias dominicanas. Aunque los padres se opusieran, si el dictador tomaba una determinación acerca de sus hijos, debían acatar y no negarse. Era tal su poder que ni el hogar se salvaba de él, pues tenía derecho a inmiscuirse en la vida personal de cada dominicano. Por algo era el “Padre de la Patria.”

Mientras bailaban, Trujillo apretó a Minerva a su cuerpo, pero ella lo empujó fuertemente para que la soltara. Al preguntarle qué pasaba, la joven le contestó que sus medallas la lastimaban. Ante esta situación ella destaca: “Me fulmina con la mirada, luego se quita la banda por encima de la cabeza. Se aproxima un asistente para recibirla con reverencia” (119). Al parecer, este empleado se inclinó para recibir la banda con las medallas. Su proceder se compara con el esclavo sumiso que recibe una orden del amo o bien del mortal que recibe una orden del dios que se digna a emplearlo. Con cinismo Trujillo le preguntó si había algo más de su vestimenta que le molestara para quitárselo. La haló por un brazo para pegarla a su cuerpo e hizo un movimiento de insinuación sexual con la pelvis. Acto seguido, Minerva le pegó una bofetada en la cara. En ese mismo instante empezó a llover y los guardias escoltaron al Jefe para que no se mojara. La fiesta se trasladó, entonces, dentro de la mansión. Patria le informó a su familia que ya era hora de irse y el padre preocupado le respondió: “Esto no me gusta nada. No nos debemos ir sin el permiso de El Jefe” (120).

Don Enrique demostró preocupación porque sabía que tenía que rendirle cuentas si se iba de esa forma de la fiesta y así fue. A la mañana siguiente, llegó un carro a la casa de los Mirabal. Era el gobernador de la Maza, quien acababa de llegar de la fiesta. Minerva se quedó en su cama y reconoció que:

Se notó nuestra ausencia. Por supuesto, partir de cualquier reunión antes que Trujillo es contra la ley. El Jefe estaba furioso, y retuvo a todo el mundo hasta después de amanecer, quizá para destacar más nuestra partida (121).

Don Enrique se fue con el gobernador para enviar un telegrama de disculpas a Trujillo. A todas luces se demuestra que la libertad del pueblo dominicano estaba restringida. Si no seguían las reglas establecidas, debían presentarse al Jefe para darle explicaciones. Tales eran las restricciones, el miedo y la coacción del régimen que no había ley en el país que superara a Trujillo; él las creaba e imponía todas. Su persona encarnaba la ley.

En diciembre de 1918, Trujillo ingresó a la Guardia Nacional bajo el gobierno militar norteamericano en la República Dominicana. Ascendió rápidamente en la escala jerárquica atropellando en El Seibo a los patriotas, conocidos como gavilleros, que se levantaban contra la intervención norteamericana. El intelectual español De Galíndez asegura en su libro La Era de Trujillo que en la República Dominicana bajo el régimen trujillista hubo paz. Las carreteras eran seguras para el viajero y las calles no eran peligrosas de noche, pues el Ejército y la Policía mantenían el orden público (222). Asimismo la matanza de haitianos y la posterior dominicanización de los límites

territoriales constituyeron una frontera segura para la población. Entre los muchos títulos que el dirigente recibió estuvo “Genio de la Paz.” Sin embargo, la paz estaba sujeta al servilismo y a la coacción hacia el régimen, lo cual hacía cumplir a través de la imposición de “sus” leyes.

Restaurador de las finanzas dominicanas

En la novela, Patria relata cómo Minerva atacaba al presidente hasta en público. Reconociendo que Trujillo había realizado actos indebidos, Patria encuentra una justificación para preferirlo a él antes que a otros gobernantes anteriores:

El Jefe no era ningún santo, como todo el mundo sabía, pero entre los bandidos que habían ocupado el Palacio Nacional, éste por lo menos construía iglesias y escuelas, y pagaba la deuda externa. Aparecía en las fotos de los diarios todas las semanas junto a monseñor Pittini, en relación con alguna buena obra (69).

Trujillo fue un gobernante que logró la independencia financiera por la devolución de las aduanas a la administración local, el pago total de la deuda externa y la creación de la moneda nacional. De la misma forma que Patria reconoció y validó las excelentes obras del dictador, parte del pueblo lo justificó y lo calificó de intachable. En el fragmento anterior se demuestra la relación de Trujillo con los clérigos. Algunos hasta callaron sus atrocidades e injusticias con tal de recibir dinero o facilidades para la obra cristiana. En vez de encarar los infortunios sufridos por el pueblo de parte del dictador, algunos lo encubrían para lucrarse y obtener beneficios.

Destaquemos que el catolicismo también es herencia de la cultura hispánica y está ligado a la esencia nacional trujillista.

Poderes absolutos

Ante el fallecimiento de don Enrique, la viuda le escribió a Trujillo una carta dieciséis días después, en la cual muestra total adhesión al sistema y al caudillo.

Ilustre y amado Jefe:

Conociendo como conozco la alta estima que tenía por vuestra ilustre persona mi marido, Enrique Mirabal, y algo menos confundida ahora por la pérdida irreparable de mi inolvidable compañero, le escribo para informar a Vuestra Excelencia de su fallecimiento, acaecido el lunes catorce de este mes. Quiero aprovechar esta oportunidad para reafirmar la eterna lealtad de mi marido hacia vuestra persona, y para manifestaros que tanto mis hijas como yo seguiremos sus pasos como leales y devotas súbditas vuestras. Especialmente ahora, en este oscuro momento, miramos a la luz de vuestro faro desde nuestras angustiadas aguas, descontando seguir recibiendo vuestra benéfica protección y sabio consejo hasta que exhalemos el último aliento de nuestra existencia. Con saludos de mi tío Chiche, quedo de Vuestra Excelencia su segura servidora

Mercedes Reyes de Mirabal (141-142).

En esta misiva se usa un lenguaje arcaico y un trato protocolar propio no para un presidente, sino para un rey o monarca. Constituye una formalidad que Trujillo aceptaba, pues era otra humillación a la que sometía a sus súbditos y con la que probaba su lealtad,

es decir, su miedo. Esta carta muestra la devoción y veneración que la familia, como institución, le rendía a Trujillo o por lo menos tenía que mostrar públicamente. Este dictador exigía saber cada paso y debía conocer todo lo acaecido en las vidas de las familias dominicanas. El dictador controlaba no sólo los actos, sino hasta los sentimientos de las familias dominicanas, que tenían que expresarle su amor y total entrega. En los momentos de sufrimiento, como la pérdida de su esposo en el caso de doña Mercedes, se suponía que en la figura del magnánimo se encontraba el sosiego y la resignación. Por estas causas, la viuda se despidió destacando su servicio y lealtad al Jefe hasta la muerte.

Otro ejemplo donde se perciben los poderes absolutos del dictador es cuando luego de dos años en la universidad, donde empezó a estudiar Derecho por insistencia de Minerva, aunque después cambió a Filosofía y Letras, Mate escribió un discurso de agradecimiento por haber sido seleccionada Señorita Universidad. El fragmento final decía:

Pero, de manera muy especial, mi mayor gratitud va a nuestro verdadero benefactor, el jefe Rafael Leónidas Trujillo, Campeón de la Educación, Luz de las Antillas, Primer Maestro, Esclarecedor de su Pueblo (157).

Aquí se resumen varios aspectos que mitologizan al dictador. Mate lo identificó como “verdadero benefactor,” es decir, quien trajo el bienestar, el progreso y desvió al país de la decadencia a la que se dirigía. También, lo llamó “Campeón de la Educación” porque fue el primero que trajo la verdad y el conocimiento; el primer y único dirigente de la patria. Lo nombró “Primer Maestro” porque instruyó a la población y fue un modelo a

imitar. El elemento luz está estrechamente relacionado con el verbo esclarecer. Implica la orientación, la sabiduría y el entendimiento que borran la ignorancia de las masas. Según Mate, Trujillo representa esa luz que aclara las mentes y trae la ilustración. Se le consideró luz no sólo de su país, sino de todas las Antillas. Esto indica que la República Dominicana es la mejor de las Antillas porque tiene a Trujillo, enviado por Dios a su pueblo. Este dictador se auto-proclamó el gestor del destino del pueblo dominicano. Durante su régimen, se añadió un sinnúmero de títulos para exaltar su personalidad y sus actos gubernamentales. Se presentó como el hombre que todo lo sabía y todo lo podía ejercer. Fue benefactor, economista, padre, guía, maestro, hombre de negocios y otros. El pueblo tenía que mostrarse agradecido y humilde. La autora recoge en su obra el discurso impuesto por el dictador al pueblo. Las palabras, los títulos y las distinciones escogidas por el propio Trujillo lo elevan al rango de semidios.

Política nacional dominicana

Forjador y dueño de la “Patria Nueva”

Al principio del relato, Don Enrique Mirabal accede a que sus hijas estudien en el Colegio de la Inmaculada Concepción. Minerva siempre quiso ser abogada por lo que finalmente convenció a su padre de que la dejara estudiar en la capital. Al lograrlo, describió la transformación metafórica de su país en la prisión en que lo había convertido Trujillo:

Y así fue como quedé en libertad. No me refiero al hecho de que fui en tren, con un baúl lleno de cosas nuevas, como interna a un colegio. Quiero decir en mi mente, cuando llegué a la Inmaculada y conocí a Sinita

y vi lo que le pasaba a Lina y me di cuenta de que acababa de abandonar una jaula pequeña para entrar en una más grande, del tamaño de todo nuestro país (29).

Para Minerva Mirabal su país simulaba una gran jaula, una cárcel donde todos los dominicanos estaban encerrados por culpa de Trujillo. Así lo explica al narrar la salida de su casa al Colegio de la Inmaculada Concepción. Este dictador encerró a sus súbditos con el propósito de privarles su libertad y tener control sobre sus vidas. La sociedad dominicana coaccionada careció de fuerzas para combatir al tirano y se rindió ante su poder.

Luego en la narración, cuando Mate visitó la capital dominicana, nos relata que era fácil perderse en esa ciudad porque:

Todos los nombres de las calles pertenecen a la familia de Trujillo, de modo que es muy confuso. Minerva me contó un chiste acerca de la manera de llegar al parque Julia Molina desde la carretera El Jefe. Tomas el camino de El Jefe, cruzas el puente de su hijo mayor, doblas a la izquierda hasta la avenida de su esposa, caminas hasta llegar al parque de su madre, y allí estás (152).

Este fragmento destaca que el país le pertenecía a la familia Trujillo. Es como si la nación fuera una sola familia bajo su dirección. Como evidencia en el relato, todos los lugares llevaban el nombre de la familia Trujillo.

El 3 de septiembre de 1930 el potente ciclón San Zenón devastó la ciudad de Santo Domingo. El huracán alcanzó la categoría 4 y hubo sobre 8000 muertos. Trujillo

recién llegaba al poder y puso en práctica sus dotes de organizador para ayudar a los damnificados, lo cual le ganó popularidad entre la gente humilde. Luego del ciclón se construyeron y repararon carreteras, se levantaron puentes y se edificó el aeropuerto en la capital.

La sociedad en la que viven las hermanas Mirabal cree que Trujillo es el creador de la nueva patria y que lo vivido anteriormente fue producto del pasado histórico caótico. Según Roberto Cassá en su libro Capitalismo y dictadura, “[...] era necesaria la presencia de Trujillo para terminar y afianzar el proceso histórico de la formación interna de la nación y de la conciencia nacional; para poner en estado de acto lo que estaba sólo en potencia, dormido previamente” (776). De esta forma, se crea la impresión de que el “nuevo” país se le debe a Trujillo. Esto le permitirá crearse la imagen de que le pertenecen, no sólo las edificaciones, sino también la gente.

Defensor de la nacionalidad / hispanidad vs. anti-haitianismo

En la novela bajo estudio se presenta a Trujillo como opositor del haitianismo cuando en la celebración del centenario de la independencia el pueblo realizaba actos patrióticos para demostrarle apoyo. Todo el país celebraba el fin de la invasión haitiana acontecida el 27 de febrero de 1844. Minerva explica:

Desde el día de la Independencia, el 27 de febrero, había habido celebraciones y representaciones. [...] Esa fue la manera en que nuestra familia organizó un acto patriótico para demostrar su apoyo a Trujillo. [...] No sólo mi familia hacía una gran demostración de lealtad sino todo el país (41).

Los historiadores señalan que el régimen trujillista “consistió en la elaboración de una metafísica esencia nacional, la cual habría permanecido desde tiempos anteriores en un estado latente y no realizada históricamente” (Cassá 761). La República Dominicana y Haití integran la isla central de las Antillas Mayores. Cristóbal Colón llegó aquí en su primer viaje en diciembre de 1492. El idioma y la tradición hispánica les sirvieron de escudo a los dominicanos para conservar su cultura. Por esta razón, Joaquín Balaguer en su libro La isla al revés: Haití y el destino dominicano describe a Santo Domingo como “[...] el pueblo más español y más tradicionalista de América” (63).

Trujillo se opuso hasta a la misma sangre haitiana que corría por sus venas por línea materna para imponer su hegemonía. Su ideal nacionalista buscó conservar las raíces hispánicas mediante el anti-haitianismo. Según Cassá, el nacionalismo trujillista:

[...] era la base de un edificio mental que se trató de imponer a la colectividad del país para que se sintiera identificada con el proyecto grandilocuente del trujillato, para que colaborase activamente en este sentido, hiciese suyo el proyecto y se enajenase de las terribles realidades sociales que producía [...]. (762)

La preservación de la hispanidad, identificada con la raza blanca, provocó el racismo hacia la raza negra proveniente de Haití en la República Dominicana. La defensa del nacionalismo justificó “[...] la supuesta superioridad de la nación dominicana sobre la haitiana [...].” (Cassá 765) La población dominicana se consideraba una prolongación de la española. En varias ocasiones se aferró a su cultura hispánica para contrarrestar las invasiones francesa y haitiana. Los haitianos invadieron la Isla en el

1822 y la dominaron 22 años hasta que unos conspiradores dieron un golpe de estado al gobierno.

Apertura de la democracia vs. anti-comunismo

En el capítulo XI, conocemos las vicisitudes de las cuales son víctimas las hermanas Mirabal y otras reclusas en las cárceles, como el hacinamiento:

Las veinticuatro mujeres comemos, dormimos, escribimos, nos instruimos, y usamos el balde –hacemos todo- en un cuarto de 25 por 20 pasos míos. Lo he medido muchas veces, créanme. La vara del medio ayuda, pues allí colgamos nuestras pertenencias y secamos las toallas, y hace una especie de divisorio del cuarto. Aun así, en este lugar horrible una pronto pierde la vergüenza (257).

La noche número 61 en prisión, Mate se sintió desfallecer:

Sucedió justo antes de que apagarán las luces. Estaba acostada en mi litera cuando oímos gritar: - ¡Viva Trujillo! Quizá fue por eso, o porque por fin la situación me afectaba, pero de repente sentí que las paredes me asfixiaban, y me invadió el pánico de que nunca saldré de aquí. Empecé a temblar y a gemir, y a llamar a Mamá, pidiéndole que me llevara a casa (259).

Con esas palabras, ¡Viva Trujillo!, los guardias penales las despertaban cada mañana a las cinco. Aquella noche, tal vez algún preso las pronunció creyendo que podía recibir su libertad. Algunos presos aceptaban el indulto por parte del dictador, pero no las

Mariposas, nombre con el cual se les conocía a las hermanas Mirabal en el movimiento revolucionario. Mate comentó lo expresado anteriormente por su hermana Minerva:

Nosotras las Mirabal debemos dar el buen ejemplo. Aceptar el indulto significa que hay algo que perdonar. Además, no podríamos ser libres si no se les ofrece la misma oportunidad a todos los demás (264).

En una ocasión que Patria visitó a sus hermanas en la cárcel, le entregó a Mate un recorte de periódico sobre el intento de asesinato contra el presidente venezolano, Rómulo Betancourt. Mate lo dobló pequeñito y simulando que se ajustaba la trenza, lo escondió en su pelo. De esa forma toda la prisión se enteró del intento de asesinato y de la cercana visita de una comisión de cinco miembros de la Organización de Estados Americanos (OEA). Ésta era la noticia:

Ciudad Trujillo, R. D. El vocero presidencial Manuel de Moya manifestó su indignación ante las acusaciones infundadas y maliciosas del presidente Rómulo Betancourt de Venezuela. Betancourt acusó al gobierno dominicano de estar implicado en un atentado contra su vida ocurrido en Caracas el 24 de junio. El presidente resultó herido al explotar un automóvil estacionado mientras él desfilaba en su limusina (SIC). Desde el hospital, Betancourt declaró que ha vuelto a presentar una denuncia ante la Organización de Estados Americanos. Cuando se le preguntó por qué una isla pequeña y amante de la paz querría atacarlo, el presidente Betancourt inventó un complot fantasioso contra su vida por el gobierno dominicano: “Desde que lo acusé ante la OEA por los abusos cometidos

contra los derechos humanos, Trujillo me ha estado persiguiendo.” El Dr. Moya lamentó este insulto contra la virginal dignidad de nuestro Benefactor y manifestó que nuestro gobierno está abierto a cualquier investigación de Estados miembros que deseen verificar la falsedad de estas acusaciones maliciosas. La OEA ha aceptado la investigación, y se ha programado una comisión de cinco miembros que llegarán a fines de junio (275).

El movimiento Catorce de Junio, del cual participaban las hermanas Mirabal y sus esposos, no estaba del todo derrotado. Persistía en el propósito de matar a Trujillo. Las cárceles estaban repletas y las torturas aumentaban. En una prisión había una silla con placas metálicas, donde “[...] sientan a los hombres cogidos por política y les meten impulsos eléctricos hasta que canten, en La cuarenta agarran a los hombres por sus partes, y los golpean y los majan” (Labourt 292). Los sacerdotes pedían clemencia para los presos. También mandaban a rezar por Trujillo y por su hermano Héctor. La situación se había convertido en “[...] una bomba que estremece al Gobierno” (Labourt 294).

La apertura del trujillato resultó una falacia. Aunque el gobierno permitió que se condujera una investigación por la OEA en las cárceles dominicanas, también hizo los arreglos para manipular las declaraciones de los presos. No habría señal alguna de violaciones de derechos humanos. El viernes, 5 de agosto llegó la Comisión de Paz de la OEA a la cárcel donde estaba Minerva y Mate. Los jefes de guardia escogieron un prisionero por pabellón para ser entrevistado y la selección recayó sobre Mate. Minerva pensó que Mate no se quejaría y le indicó que debía hacerlo. Las entrevistas no serían

supervisadas. “Pondrán micrófonos en las paredes, sin duda. Hablar abiertamente sería un suicidio. Así que Minerva y Sina han escrito una declaración, firmada por el movimiento Catorce de Junio, que debo darles con sigilo” (279). El informe de Mate sobre La Victoria fue bueno. Dijo que la trataron bien, igual que los de las otras celdas, probablemente. Cuando el entrevistador se iba, Mate se soltó la trenza y dejó caer el papel con la declaración. “Cuando lo vio, pareció sorprenderse. Fue a recogerlo. Pero lo pensó mejor, y lo pateó debajo de la mesa. Me echó una mirada cargada de significación y yo asentí” (281). El lunes, 8 de agosto las mujeres recibieron su liberación. Los 103 hombres se quedaron en la cárcel.

Minerva y Mate vivieron en arresto domiciliario. Los agentes del SIM vigilaban constantemente la residencia de las hermanas. Una noche, como Minerva no podía dormir, se levantó y vio a dos agentes sentados cómodamente en los sillones del balcón. Los sorprendió con el saludo revolucionario: “Compañeros, debo pedirles por favor que bajen la voz. Están justo debajo de la ventana de nuestro dormitorio. Recuerden que aquí ustedes son guardias, no invitados” (293). Cuando Minerva se dirigió a entrar a la casa, uno de ellos gritó: “¡Viva Trujillo!,” lo cual constituía la manera patriótica de empezar o terminar el día. Dedé y Mate corearon la alabanza, pero Minerva se rehusó hasta que sintió que los hombres esperaban su grito de lealtad: “¡Viva ...! – empecé a decir; sintiéndome avergonzada, respiré hondo y pronuncié el odiado nombre” (293).

Una tarde, luego de liberadas, las hermanas recibieron la visita del tío Pepe. Él les contó que regresaba de una recepción en honor a El Jefe en la casa del alcalde, a la cual había sido invitado porque su nombre apareció en una lista publicada en el diario

local. El tío Pepe supo que lo invitaron porque era pariente de las muchachas. Él les narró lo que pasó en la actividad:

[. . .] rodeado de esos hombres, ya saben: Maldonado, Figueroa, Lomares y ese tal Peña. Todos no hacen más que decir: “¡Ay, Jefe, usted ha hecho tanto por nuestra provincia!” “¡Ay, Jefe, ha aumentado la moral de la gente después de las sanciones!” “¡Ay, Jefe!” (313).

En el fragmento se evidencia la adulación. Estos soldados conocían la magnitud de los horrores de la dictadura de Trujillo, sobre todo cuando algunos eran cometidos por ellos mismos. También sabían que no seguir las normas o darle la espalda a su Jefe, constituiría la muerte segura. Esos hombres competían por mostrar la fidelidad más convincente. Era un grupo de alcahuetes y parásitos que buscaban sacarle provecho a la situación. Lo que a continuación fue la petición de Trujillo, estuvo hecha con la certeza de que las hermanas Mirabal lo supieran, pues con algún propósito estuvo tío Pepe entre los invitados. Trujillo les indicó a sus hombres que le quedaban dos problemas y esperaba encontrar el hombre que los resolviera. Entonces Peña se ofrece: “Jefe, estoy a su servicio. Dígame cuáles son los problemas y yo daré mi vida, si es necesario” (314). De forma directa y amenazante, Trujillo sentenció: “Mis dos problemas son la maldita iglesia y las hermanas Mirabal” (314). En los últimos meses de su dictadura, Trujillo atacó a la Iglesia Católica porque ésta se negó a otorgarle el título de Benefactor de la Iglesia, el que quería añadir a su lista. La Iglesia se opuso al régimen y contribuyó a su derrocamiento.

Al escuchar lo que ocurrió, a Minerva se le erizó la piel, Mate se echó a llorar y Patria dijo que no podían abandonar a sus esposos. Se quedaron en el jardín un poco más para calmarse y Minerva meditó: “[. . .] tuve entonces la extraña sensación de que ya estábamos muertas, mirando con añoranza la casa donde iban creciendo los niños, sin nosotras” (314).

A la mañana siguiente, se dirigieron a la cárcel La Victoria, no sin antes detenerse en el cuartel general del SIM como de costumbre para obtener sus pases. Rufino, su chofer, les indicó que el Capitán Peña quería verlas. Adentro, Patria le preguntó dónde estaban sus maridos. Peña le entregó un pase para que ésta pudiera ver a su esposo en La Victoria. Cuando preguntó por sus cuñados, Manolo y Leandro, él le contestó que fueron trasladados a Puerto Plata. Minerva, sin poder contener sus impulsos, lo enfrentó: “¿Por qué diablos?” y él respondió con sarcasmo: “Pues yo pensé que les agradaría. Menos distancia para las mariposas” (315-16).

Las visitas a esta cárcel se realizaban los viernes. El 25 de noviembre de 1960 emprendieron el viaje hasta Puerto Plata, para lo que sería la cuarta y última visita de las hermanas a sus esposos. En el camino encontraron a un joven soldado que pedía transportación al cual Minerva le tuvo lástima porque el cielo estaba forrado de nubes y se avecinaba un fuerte aguacero. Después de opiniones opuestas, le proveyeron transportación al soldado.

Minerva comenzó a conversar con el joven para obtener información. Sus hermanas se unieron y la estrategia resultó. El muchacho dijo que el mes pasado llegaron dos presos políticos. Patria le preguntó si los ejecutarían, a lo que el soldado aseguró:

“No lo creo. Oí que los iban a volver a trasladar a la capital dentro de algunas semanas”

(318). Fue entonces cuando Minerva reflexionó:

Qué raro. ¿Tanto trabajo de trasladarlos al Norte, para volver a llevarlos en un mes?” Nosotras ya estábamos decididas a mudarnos a Puerto Plata y abrir una tienda allí. Esta noticia arruinaba nuestro plan. Sin embargo, sólo se trataba de un muchacho con un uniforme demasiado grande. ¿Qué sabía él? (318).

La lluvia comenzó a caer fuertemente y casi no se veía bien el camino. Las hermanas le sugirieron a Rufino detenerse para esperar a que dejara de llover, pero él insistió que estarían en Puerto Plata para el mediodía. Patria le recordó: “Si Dios quiere.” “Si Dios quiere” convino Rufino. El joven soldado asintió con la cabeza y, luego, añadió: “Si Dios y Trujillo quieren” (319).

Este joven soldado estaba acostumbrado, seguramente por su entrenamiento militar, a equiparar en voz alta a Dios y a Trujillo. Dio a entender que Dios no tomaba decisiones solo y que tampoco podía determinar si algo pasaba o no por cuenta propia. Al añadirle la figura de Trujillo a la proposición condicional, se evidencia la igualdad del dictador con el Creador. Su pensar representa a Dios incompleto sin Trujillo, a éste último como una extensión de Dios.

El trujillato ocultaba su régimen dictatorial para dar la impresión de un sistema democrático. Trujillo se entrenó y aprendió en el cuerpo de orden creado por los norteamericanos durante la ocupación militar. Su dictadura pudo resultar el producto de la intervención. Cassá afirma que: “[...] la solidaridad entre el imperialismo y las

dictaduras latinoamericanas debía realizarse sobre la base de una supuesta defensa mutua de la libertad y la democracia” (758). Sabemos, entonces, que Trujillo tuvo el aval y la aprobación de Estados Unidos en la imposición de su régimen. De hecho, en Estados Unidos la propaganda trujillista lo consideraba el primer anti-comunista del continente. De Galíndez señala que la palabra comunista se usa en el sentido de antitrujillista (212). Ya al final de la dictadura, y luego de las sanciones impuestas a la República Dominicana por la Organización de Estados Americanos el 21 de agosto de 1960, que incluían el cierre de las fuentes de abastecimiento de combustible y la imposibilidad de acceder a los mercados internacionales, Estados Unidos influyó en el derrocamiento de la dictadura trujillista.

Divinidad

Mesías esperado

Después de entrar al colegio, Minerva se enteró por Sinita sobre los terribles actos de Trujillo, los cuales incluían hasta mandar a matar gente. Cuando su compañera desenmascaró al Benefactor, ella sintió una enorme decepción, como si aquello fuera un sacrilegio:

¿Cosas malas? –la interrumpí - ¿Trujillo estaba haciendo cosas malas? –
Era como si me hubiera enterado que Jesús había golpeado a un bebé o que Nuestra Santa Madre no hubiera concebido sin pecado. –No puede ser cierto - le dije, pero en el corazón empezaba a sentir un resquicio de duda (33).

Minerva continuó cuestionándose acerca de los atropellos que cometía Trujillo: “No podía dejarlo pasar. En casa, Trujillo colgaba de la pared junto al cuadro de Jesús Nuestro Señor rodeado de bellísimos corderos” (34).

De esta forma, se establece una correlación entre las figuras de Trujillo y Jesús como las de Jesús y su Padre celestial. Uno sentado a la diestra del otro, hijo sentado a la diestra del padre, Trujillo sentado al lado del hijo. Se presenta un dictador glorificado, sin mancha ni pecado como si fuera un dios, mediante la figura de Jesucristo. Resulta muy importante el detalle en el cuadro religioso que Jesús aparezca rodeado de corderos, pues Juan Eduardo Cirlot en su Diccionario de símbolos establece que cordero significa “[...] la pureza, inocencia, mansedumbre e inmerecido sacrificio” (145). Este concepto adquiere dos acepciones en la novela: en uno, Trujillo representa la pureza de intenciones y el “inmerecido sacrificio” personal al ofrendarse para “salvar” a la República Dominicana. A su vez, el pueblo dominicano puede considerarse un cordero por su mansedumbre y subyugación ante la figura de su Benefactor. Con este simple hecho, a Trujillo se diviniza al ponerlo en el mismo plano que la figura religiosa. De aquí se desprende la creencia: “Dios en el cielo y Trujillo en la tierra.”

Sinita logró que Minerva comprendiera quién era Trujillo cuando le narra cómo éste logró deshacerse del general más antiguo para luego convertirse en el jefe de las fuerzas armadas. Este general era amante de una mujer casada y le confesó al futuro dictador el lugar y el momento en que se reuniría con ella. Con mal intencionado propósito, Trujillo se lo dejó saber al esposo de ésta, quien los mató cuando llegaron a la cita. Aun así, Minerva trató de justificarlo: “A lo mejor Trujillo pensaba que el General

hacía algo malo al andar con la mujer de otro – le dije para defenderlo” (34). Es tal el arraigo de este personaje en el sentimiento del pueblo, que la joven se resiste a creer que su “idolatrada” figura pudiera hacer algo malo.

En el colegio también estudiaba una joven llamada Lina Lovatón, quien era la capitana del equipo de voleibol. Cierta tarde mientras jugaban, Sor Socorro la buscó porque había llegado a verla una persona importante. Era que Trujillo visitaba a un oficial que residía al lado del colegio y cuando escuchó los gritos debido al partido, se asomó al balcón. Al ver a la bella Lina, se dirigió al colegio e insistió en verla. Lina regresó con una medalla brillante prendida al uniforme sobre su pecho. Por la noche, las chicas le preguntaron qué ella había hecho:

En la luz de la luna que entraba por las persianas abiertas, nos lo mostró.

Levantando el mosquitero, se puso de pie frente a nosotras e hizo una profunda reverencia (38).

Según su propia percepción, Lina se encontró ante un dios que todo lo podía y que todo lo merecía. Su acto muestra, sin duda, la exaltación del dictador y la idolatría que le rendía el pueblo dominicano. Las visitas a Lina fueron más seguidas; Trujillo llegaba y la colmaba de obsequios. En una ocasión, Sinita le preguntó si lo amaba y Lina, a manera de comparación entre el amor sentido y el éxtasis divino, contestó: “Con todo mi corazón. Más que a mi vida” (39). A Minerva le parece que todas, excepto Sinita, se estaban enamorando del héroe fantasmal creado por el dulce y simple corazón de Lina. Minerva aún continuaba confiando en El Jefe como en su salvador:

Nos habían dado un retrato de Trujillo en la clase de Cívica. Ahora lo busqué en el fondo del cajón, donde lo había sepultado por consideración a Sinita, y lo puse debajo de la almohada, para que me protegiera contra las pesadillas (39).

Se percibe en este breve fragmento como el sistema educativo, que responde y corresponde al sistema político, promovía en los ciudadanos la adoración al Jefe. El sistema fomentaba la sumisión e inculcaba un culto ciego y esperanzador hacia Trujillo. En otoño de 1944, de vuelta al colegio, Minerva relata:

Recibimos nuevos libros de historia con un retrato de ya saben quién grabado en relieve en la tapa, de modo que hasta un ciego se daba cuenta a quién se referían todas esas mentiras. Nuestra historia ahora seguía el argumento de la Biblia. Los dominicanos habíamos aguardado durante siglos el advenimiento de nuestro Señor Trujillo. Era un asco (41).

Aparentemente éstas eran las palabras escritas en el libro:

En toda la naturaleza hay una sensación de éxtasis. Una extraña luz sobrenatural impregna la casa; huele a trabajo y santidad. El 24 de octubre de 1891 la gloria de Dios hizo carne el milagro. ¡Ha nacido Rafael Leónidas Trujillo! (41).

A través de ambos fragmentos se glorificaba, se enaltecía y se santificaba la figura del dictador. Se comparaba con Jesús como hijo de Dios. Como si la humanidad, y en especial la República Dominicana, esperara la llegada de su rey redentor, de su mesías

encarnado en Rafael Trujillo. Cabe destacar que en ambos fragmentos se presenta a la escuela como vehículo del adoctrinamiento trujillista.

En la primera reunión, las hermanas del colegio anunciaron que gracias a una generosa donación del Jefe se agregaría una nueva ala de recreo bajo techo. Informaron que el gimnasio se llamaría Lina Lovatón, a quien Trujillo se llevó cuando cumplió diecisiete años. Indicaron que allí se celebraría un concurso de declamación para todo el colegio, cuyo tema sería el centenario y la generosidad de su benigno Benefactor con lo cual quedaba demostrada la estrecha relación entre la Iglesia y el Estado, o mejor aún, el control que ejercía el dictador sobre las instituciones religiosas, en este caso particular sobre el colegio.

María Teresa llevaba un diario durante su estancia en el colegio, desde cuyas páginas nos adentra en la mitificación al presidente Trujillo. En él nos relata lo que ocurrió en la festividad del día de Reyes del año 1946:

Después del desfile habrá recitaciones y una gran fiesta en la municipalidad. ¡Papá pronunciará el discurso en nombre de los agricultores de Trujillo! Mientras esperamos, aprovecho los minutos para desearle a El Jefe feliz día del Benefactor con todo mi corazón. Estoy tan feliz de que lo tengamos como presidente. Yo hasta he nacido el mismo mes que él (octubre), con sólo nueve días (aunque cuarenta y cuatro años) de diferencia. No dejo de pensar que eso demuestra algo especial en mi carácter (54).

Es indudable que el mismo Trujillo estableció un día en su honor. Era un magno evento en el cual el pueblo se desbordaba para rendirle tributo por haberlos rescatado de la barbarie de guerras civiles y gobiernos corruptos. La celebración era una especie de culto. Vemos, además, como con tan sólo diez años, Mate, como se le conocía, reflexiona sobre asuntos políticos, emite opiniones y hasta encuentra un resultado para que su carácter sea especial. Siente regocijo porque nació el mismo mes que Trujillo, como si eso fuera una bendición. La niñez se representa como esponja absorbente de las instituciones manipuladas por Trujillo: la escuela y la familia.

En todas las fiestas que celebraba el dictador se les regalaba un recuerdo a los presentes. En una ocasión distribuyeron abanicos de papel con la Virgencita de un lado y El Jefe del otro. Siempre se igualaba al dictador con la santidad que rodea a Jesús, esta vez con la de su madre, María. Se elevaba siempre la figura del presidente al ámbito celestial. Una vez más se pone de manifiesto el adoctrinamiento del cual era víctima la sociedad dominicana.

Al inicio del capítulo diez, Patria relata que el SIM (Servicio de Inteligencia Militar) – organización de funesta recordación que constituía el cuerpo represivo del gobierno - encarceló a Mate por participar en el movimiento clandestino antitrujillista. Minerva, Pedrito, sus cuñados y su hijo Nelson ya habían sido capturados por agentes del SIM por las mismas causas. Pasaron tres meses antes de que Patria los volviera a ver.

Patria se mudó con su mamá, doña Mercedes, a la nueva casa. Como era requerido, el retrato del Jefe siempre colgaba de la pared. Aunque ahora no estaba junto

al de Jesús, Patria le rendía tributo, pues ya se había arraigado en ella esta costumbre:

Quizá porque estaba acostumbrada al Buen Pastor con Trujillo
lado a lado en la antigua casa, de vez en cuando me sorprendía
rezando al pasar junto al retrato (227).

Percibimos, por consiguiente, hasta que punto el culto al dictador había calado en la conciencia de los dominicanos. Era tan fuerte esto que en otra ocasión, al entrar con un ramo de flores en las manos, se sintió atraída a ofrecerlas a la imagen de Trujillo: “Levanté los ojos, lo miré, y pensé: “¿por qué no?” Puse un jarrón sobre la mesa, debajo del retrato” (227). No era necesario que el cuadro estuviera junto a la figura religiosa para que recibiera culto de adoración porque el Jefe ocupaba ya un lugar sagrado. Patria le suplicaba con idolatría al retrato del dictador:

Jefe, recuerda que eres polvo y en polvo te convertirás. (Eso nunca funcionó con él). Oye mi clamor, Jefe. Libera a mis hermanas, a sus esposos y al mío. Pero en especial te ruego, Jefe, que liberes a mi hijo. Llévame a mí en cambio. Yo seré tu cordero propiciatorio. No estaba loca, después de todo. Sabía quién tenía el mando (228).

En su desesperación, Patria se humillaba ante el retrato de Trujillo. Le pedía la libertad para todos, pero en especial para su hijo, porque sabía que sólo él podía hacerlo, ya que tenía el control absoluto sobre aquella situación. Claramente, en estos pasajes, el dictador es igualado a Dios a quien se le reza para implorar un favor. La súplica de Patria lo eleva a una superioridad fuera de lo común. De forma inversa a la que Abraham estuvo dispuesto a ofrecer a su hijo por obediencia a Dios (Génesis 22:1-13), Patria se ofrenda

para ocupar el lugar de su hijo. Ante tales referencias bíblicas, sólo una fe ciega y un temor piadoso en el dictador, llevaron a Patria a sustituir a Trujillo por Dios, el Oidor de la oración.

Patria vivía pensando en su hijo encarcelado. Compara sus pensamientos sobre su hijo con una corona de espinas que la atormenta. Por eso, construyó una especie de altar ante el retrato de Trujillo. Un altar semejante a aquél en el cual imploramos al Todopoderoso. La atormentada madre confiesa:

Le cambiaba las flores todos los días, y decía unas palabras. Mamá creía que estaba haciendo teatro, para Peña y sus hombres del SIM, que pasaban con frecuencia para controlar a la familia. Pero Fela entendía, sólo que pensaba que yo estaba haciendo un trato con el maligno. No era así, en absoluto. Yo quería apelar a su mejor naturaleza. Si podía hacerlo, el resto se produciría solo (228).

Ante las terribles ejecutorias del dictador, la sociedad descrita en la novela se mantuvo pasiva y se convirtió en “[...] el objeto de la acción imponderable del héroe” (Cassá 774). Los actos de Trujillo, según su ideología, fueron realizados bajo la dirección de Dios para la República Dominicana y “[...] la colectividad obligada a guardar plena deferencia y agradecimiento inconmensurable hacia él” (Cassá 774). Un elemento muy importante en la narración novelística es el culto a la figura del dictador. La población dominicana necesitaba un rescate de la crisis social y política que vivió víctima de gobiernos anteriores. Trujillo se transformó en el hacedor de la República Dominicana; fue una especie de mediador entre Dios y el pueblo, una especie de Mesías

anhelado. Su autoritarismo y despotismo se justificaban porque “[. . .] la voluntad divina se expresaba esencialmente por medio de la acción de Trujillo [. . .].” (Cassá 772) Este último estuvo próximo a la muerte cuando era niño; sobrevivió a la peligrosa enfermedad llamada tisis, mejor conocida como tuberculosis. En fin:

Toda su vida, su propia aparición al mundo, sus pasos anteriores a la vida pública estaban rodeados de un misterio sacramental que los biógrafos debieron haber tomado del modelo de las vidas de santos (Cassá 772).

Omnipotencia y omnisciencia

Luego de enterarse que Minerva se escapaba por las noches para asistir a reuniones secretas en casa de don Horacio, quien tenía problemas con la policía por no colgar el retrato de Trujillo en su casa, entre otras cosas, María Teresa sintió todo diferente. La niña manifiesta y declara su amor divino y paternal por su presidente. El fragmento a continuación presenta a Trujillo como la mirada que vigila minuciosa y constantemente a la República Dominicana. También lo supone como un ser omnipotente y omnipresente que conoce los pasos, los pensamientos y el proceder de sus habitantes:

Veo el retrato de nuestro presidente con esos ojos que me siguen por todo el cuarto, y pienso que trata de pescarme haciendo algo malo. Siempre he pensado que nuestro presidente es como Dios, y que vigila todo lo que hago. No digo que no ame a nuestro presidente, porque lo amo. Todavía lo querría , ¿no? (56).

Es tal el poder sugestivo del dictador que este personaje, como muchos dominicanos de ese tiempo, creían que Trujillo lo sabía todo y estaba en todos los lugares. Esto lo pudo lograr gracias al cuerpo de delatores y vigilancia que organizó.

Eterna juventud

Como figura todopoderosa que aparentó ser Trujillo ante el pueblo dominicano en la obra debía poseer facultades superiores a las comunes y corrientes. Una vez todos los invitados están en la fiesta, Trujillo es el último en llegar y cuando hace su entrada:

Como si fuera una señal, todos se ponen de pie, levantando la copa. Hay un alboroto en la entrada: corren los periodistas, relampaguean los flashes. Una verdadera multitud se reúne a su alrededor, de modo que no lo veo hasta que casi llega a nuestra mesa. Se ve más joven de lo que recuerdo de nuestra representación hace cinco años: el pelo más oscuro, la figura más delgada. Debe de ser por el pega palo que bebe, una mezcla especial preparada por su brujo para mantenerlo potente sexualmente (113).

Fijémonos que Trujillo es una figura que luce rejuvenecida. Es como si los años no surgieran efecto en su apariencia. El dictador desea parecer un hombre superior a la humanidad, como si estuviera más cerca de la perfección. Es que la figura mítica, por consiguiente, siempre aparecerá joven. Tiene el poder de vencer el tiempo y la fuente de la juventud. Cuando Patria reza al retrato del Generalísimo, hizo una aclaración: “Jefe, recuerda que eres polvo y en polvo te convertirás. (Eso nunca funcionó con él).” (228). Este recordatorio que hace Patria aplicaría a todos los mortales menos a Trujillo. Las

palabras entre paréntesis demuestran que la magna figura del dictador no envejece y que, en su lucha contra la muerte, la victoria le pertenece al “Benefactor.”

Sexualidad desmedida y machismo

El dictador gustaba de la higiene y el acicalamiento. Su interés era lucir reluciente casi a nivel obsesivo. Poseía una marcada sexualidad que dirigía a todas las mujeres en su entorno. En la novela, Trujillo tuvo siempre las mujeres que quiso. Cuando su padre le mostró a Minerva la casa donde vivía Lina, su antigua compañera, ella se sorprendió y éste le aseguró: “Tiene muchas novias, en toda la isla, en casas inmensas y elegantes” (40). En la fiesta a la que había asistido Minerva, Manuel de Moya se paseaba en la entrada buscando mujeres para Trujillo. Veamos lo que piensa sobre el particular:

Lo reconozco de la última fiesta; además, su foto aparece siempre en los diarios. “Secretario de Estado,” dice la gente, guiñando un ojo. Todos saben que su trabajo es conseguirle mujeres bonitas a El Jefe. Cómo las convence, no sé. Dicen que Manuel de Moya es muy suave con las mujeres. Es probable que ellas crean que siguen el ejemplo de la Virgencita si se acuestan con el Benefactor de la Patria (111).

Trujillo tiene que ser el modelo mayor porque es el representante mismo de una cultura machista. El dictador se acostaba con las mujeres e hijas de sus subalternos. Raquel Romeu en su artículo “Las hermanas Mirabal desde la pluma de Álvarez: Retrato literario” asegura:

Era bien conocido el hecho de que Trujillo no respetaba mujer alguna y según envejecía las prefería más jóvenes. Nadie se atrevía a rechazarle, ni las familias a oponerse pues era como firmar la propia sentencia de muerte (51).

Más adelante en la narración, don Enrique Mirabal muere y Mate sintió indignación cuando asistieron al entierro la amante y las hijas que su padre engendró con ésta en una relación extramarital. Este dato, también, advierte sobre la actitud machista de la época, en que el hombre debía tener amantes. Sin embargo, esto resulta insignificante si nos atenemos al Jefe que tenía todas las amantes que quería. Toda una mitología gira en torno a su persona, pues se puede comparar con el dios griego Zeus, quien se transformaba en diversas manifestaciones para disfrutar mujeres.

Recapitulación

En su novela En el tiempo de las mariposas, Julia Álvarez nos adentra con gran habilidad y penetración en la sociedad dominicana a través de la psiquis de las hermanas Mirabal. Sus dudas, sus aprehensiones y sus luchas nos transportan a la funesta época trujillista y hacen testigos de los desmanes del régimen. El dictador supo recurrir a unos hábiles recursos para engrandecer su figura. Éstos fueron tan eficaces que desde intelectuales a campesinos sucumbieron a ellos. Álvarez recoge parte de dichos recursos para que el lector actual pueda comprender el poder sugestivo del gobernante.

Debido a una coyuntura histórica, la intervención norteamericana a la República Dominicana, Trujillo accede al poder y aparece como el Mesías esperado por los

dominicanos para forjar la Patria Nueva. Logra restaurar las finanzas de la república aunque después se convierta en el dueño absoluto del país.

Asimismo se erige en defensa de la nacionalidad y así justifica el genocidio contra los haitianos. Logra ser proveedor del orden y de la ley, además de dar muestras de una apertura a la democracia y ser anti-comunista para granjearse el apoyo norteamericano. De esta forma se transforma en ilustre gobernante y se muestra superior a los demás, por eso, gracias al cuerpo represivo que organizó, se impone como un dios, omnipotente y omnisciente. Como los antiguos dioses griegos, posee el secreto de la eterna juventud y es idolatrado en la sociedad machista de entonces.

Mediante esta novela recorreremos todos estos atributos que son otras medallas que van adornando su pecho. Recordemos que le valió el mote de “Chapitas” por su afición a abrogarse títulos y condecoraciones. A través de las hermanas Mirabal vamos penetrando esta realidad, gracias a la maestría de Julia Álvarez.

Las hermanas Mirabal murieron la noche de un 25 de noviembre. Seis meses después, mataron al dictador. Ellas no vivieron para ver a su querida patria libre del régimen opresor de Rafael Leónidas Trujillo Molina. Sus seres más queridos y cercanos sí lo vivieron, al igual que el pueblo dominicano, quien reconoció que la lucha de las Mariposas no fue en vano. Precisamente ese 25 de noviembre ha quedado para la posteridad como el Día Internacional contra la Violencia hacia la Mujer.

Capítulo III

La última fiesta: La caída del dios dominicano del terror

Mario Vargas Llosa en las letras hispanas

Jorge Mario Pedro Vargas Llosa, autor de La fiesta de chivo, nació el 28 de marzo de 1936 en la ciudad de Arequipa, Perú. Sus padres, Ernesto Vargas Maldonado y Dora Llosa Ureta, estaban separados cuando nació. Conoció a su padre a los diez años de edad. El reencuentro alteró significativamente su vida de niño porque no quería cambiar los mimos de su madre por una férrea disciplina paternal. Ingresó al Colegio Militar Leoncio Prado de Lima, donde sólo cursó el tercer y cuarto año; terminó la secundaria en el Colegio San Miguel de Piura.

En 1953 regresó a Lima e ingresó a la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, donde estudió Letras y Derecho. Su padre no estuvo de acuerdo con su vocación, por lo que fue una etapa difícil. Para esta época ya escribía cuentos y empezó a publicarlos en varios periódicos. A los dieciocho años, contrajo matrimonio con su tía política Julia Urquide. En 1959, se dirigió a España gracias a la beca de estudios “Javier Prado” para hacer un doctorado en la Universidad Complutense de Madrid; así, obtuvo el título de Doctor en Filosofía y Letras. Luego de un año se trasladó a París. En esta ciudad fue profesor de español en la Escuela Berlitz, luego, locutor en la ORFT francesa y periodista en la sección española de France Press.

Su vocación literaria dio fruto cuando su primera publicación, un conjunto de cuentos publicados en 1959 con el título Los jefes, obtuvo el premio Leopoldo Arias. En 1964, regresó a Perú y se divorció de Julia Urquide. Al año siguiente se casó con Patricia

Llosa, su prima. De la unión nacieron Álvaro, Gonzalo y Morgana. En 1967 trabajó como traductor para la UNESCO en Grecia. Entre 1974 y 1990 vivió en su país. Fue conductor del programa televisivo La Torre de Babel y en 1983, a petición del presidente Fernando Belaúnde Terry, presidió la Comisión Investigadora del caso Uchuraccay para investigar el asesinato de ocho periodistas.

En el año 1990 optó, sin éxito, a la presidencia de Perú por el Frente Democrático. El hasta entonces desconocido ingeniero agrónomo, Alberto Fujimori, ganó la presidencia. Inmediatamente después regresó a Londres y retomó su actividad literaria. En marzo de 1993 obtuvo la nacionalidad española, sin renunciar a la peruana.

Los méritos y reconocimientos lo acompañan a lo largo de su carrera. En 1975 lo nombraron miembro de la Academia Peruana de la Lengua y en 1994 lo designaron como miembro de la Real Academia Española. Ha sido profesor visitante o escritor residente en varias universidades alrededor del mundo, entre éstas: Universidad de Londres y Universidad de Cambridge (Inglaterra); Universidad de Columbia, Universidad de Harvard, Universidad de Siracusa, Universidad de Princeton y en la Universidad de Georgetown (Estados Unidos); en la Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras; en la Deutscher Akademischer (Alemania); en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo y en la Universidad Rey Juan Carlos (España); entre otras. Ha participado también como jurado en los siguientes eventos: Premio Casa de las Américas, Premio Miguel de Cervantes, Festival Internacional de Cine de San Sebastián, entre otros.

Las siguientes obras forman parte de su vasta producción literaria: Los jefes, colección de cuentos (1959); La ciudad y los perros, novela (1963); La casa verde, novela

(1966); Conversación en La Catedral, novela (1966); Historia secreta de una novela, ensayo (1969); Pantaleón y las visitadoras, novela (1973); La tía Julia y el escribidor, novela (1977); La señorita de Tacna, teatro (1981); La guerra del fin del mundo, novela (1981); Elogio de la madrastra, novela (1988); La verdad de las mentiras, ensayos literarios (1990); El pez en el agua, memorias (1993); Los cuadernos de don Rigoberto, novela (1997); La fiesta del chivo, novela (2000); El lenguaje de la pasión, selección de artículos de la serie Piedra de toque (2001); El paraíso en la otra esquina, novela (2003) y Travesuras de la niña mala, novela (2006). Su obra, de carácter realista, retrata diversos ambientes sociales y políticos con una técnica narrativa que se caracteriza por la pluralidad de tiempos y lugares.

Este distinguido humanista ha sido receptor de varios doctorados Honoris Causa. En noviembre de 2006 la Universidad de Puerto Rico, Recinto de Arecibo, le otorgó dicho galardón. Vargas Llosa recibió el primer título Doctor Honoris Causa que otorgó la Universidad española de La Rioja en la celebración de su XV aniversario. El acto se realizó en septiembre de 2007.

Trujillo dios-hombre en La fiesta del chivo

En 1975, Vargas Llosa vivió durante ocho meses en la República Dominicana y se interesó por la apasionante historia de esta isla caribeña. Muchos de los relatos escuchados y los contrastes sobre la figura de Trujillo le sirvieron de cimiento para novelar la historia de un país en el que todos y todas le temían al dictador y el miedo habitaba fuera y dentro de los hogares. Así el autor escogió el 1961, último año de la dictadura de Trujillo, para presentar a un régimen gastado y en decadencia que poco a

poco había perdido el apoyo de la Organización de Estados Americanos (OEA), los Estados Unidos y el Vaticano.

La novela está compuesta de veinticuatro capítulos. Cada capítulo siguiente es la continuación del tercero anterior. En la obra se establece un contrapunto temporal. El primer tiempo corresponde a los meses previos a la muerte del dictador hasta la noche del asesinato el 30 de mayo de 1961. El segundo tiempo ocurre treinta y cinco años después. En ese tiempo presente se rememora el pasado mediante la técnica de retrospección.

El personaje principal es Urania Cabral, hija del senador Agustín Cabral. En el plano profesional, es una exitosa abogada en un importante despacho en la ciudad de Nueva York. En lo personal, es una mujer vacía, sola y triste, quien a sus cuarenta y nueve años, vuelve a su país natal para reencontrarse con su familia y con un pasado que la atormenta.

Recursos estilístico-literarios de la mitificación de Trujillo en La fiesta del chivo

Liderato como presidente

Proveedor del “orden y de la ley”

Urania salió del Hotel Jaragua donde se hospedaba y destacó los cambios ocurridos en Santo Domingo. Recuerda que la ciudad se llamaba Ciudad Trujillo y que en las calles no había tanto bullicio como ahora:

Tal vez no lo había; tal vez, treinta y cinco años atrás, cuando la ciudad era tres o cuatro veces más pequeña, provinciana, aislada y aletargada por el miedo y el servilismo, y tenía el alma encogida de reverencia y pánico al Jefe, al Generalísimo, al Benefactor, al Padre de la Patria Nueva, a Su

Excelencia el Doctor Rafael Leónidas Trujillo Molina, era más callada, menos frenética¹ (15).

Es evidente en este pasaje la falta de alegría, la opresión, la privación de la libertad y la mutilación colectiva a la que sometió Trujillo a un pueblo del cual pensó que era dueño. Es un pueblo con el “alma encogida,” como si disminuyera su tamaño para convertirse en pequeña e insignificante. La imposición del orden le impidió a la sociedad desplegar su esencia festiva y alegre. Además, el traslado de familias hacia la frontera provocó el movimiento de tropas, que la protegerían. Habría seguridad y orden militar.

“Ilustre gobernante”

Luego de informar al lector que el senador Agustín Cabral había perdido el favor del dictador, la voz narrativa nos adentra en la conciencia del padre de Urania. El senador reconoció que tuvo una vida “[...] dedicada desde los veinte años a servir al hombre más importante de la historia dominicana” (335). Con sus palabras, el senador elevó al dictador sobre todos los hombres, no necesariamente gobernantes, que de algún modo incidieron en la formación y en el progreso de su patria. Consideramos que sus palabras reflejan la opinión de la mayoría de los dominicanos de la época.

Figura paterna/militar

Urania caminaba deprimida por el mismo trayecto que recorría el Jefe en sus caminatas vespertinas. Iba de la Estancia Radhamés hacia la Máximo Gómez, donde visitaba a doña Julia, su madre. Al salir pasaba por el malecón George Washington acompañado de sus asesores, ministros, ayudantes y cortesanos, quienes esperaban un

¹Los fragmentos citados en este estudio corresponden a: Mario Vargas Llosa, La fiesta del chivo (Madrid: Alfaguara, 2000).

ademán para acercarse, aunque fuera para recibir una recriminación. Entonces, Urania pensó:

¿Cuántas veces paseaste entre ellos, papá? ¿Cuántas mereciste que te hablara? Y cuántas volviste entristecido porque no te llamó, temeroso de no estar ya en el círculo de lo elegidos, de haber caído entre los réprobos (17).

Estos hombres se consideraban indignos de acercarse a Trujillo, su majestad. Deseaban que su mirada se posara sobre ellos, que dirigiera su atención hacia ellos y que les pronunciara palabras aunque fuera para amonestarlos. Los hombres tenían que garantizarse la aprobación del Jefe. Tal parece que no tuvieran autoestima, no se valoraran a sí mismos y carecieran de dignidad.

El tercer capítulo inicia con la escena de los hombres que esperaban frente al Malecón al Chevrolet azul celeste que transportaba a Trujillo rumbo a San Cristóbal. Sus nombres eran: Antonio Imbert, Antonio de la Maza, Salvador Estrella Sadhalá (Turco) y el teniente Amado García Guerrero (Amadito), este último perteneciente al cuerpo de ayudantes de la guardia de Trujillo. Amadito era un joven de treinta y un años, que de todas las personas que conocía, el Turco era la que más admiraba. El Turco se había casado con la tía de Amadito y, además, se había convertido en su confidente. Este joven también formaba parte del grupo que esperaba a Trujillo para matarlo. Mediante la técnica de retrospectión, el joven recordó el día en el cual el Turco le confesó que era un

colaborador del grupo del 14 de Junio². Aunque su tía y su esposo se cuidaban de hablar delante de él, se le escapaban comentarios contra el gobierno, pero:

Se callaban de inmediato, pues sabían que Amadito, aunque no le interesaba la política, profesaba, como cualquier oficial del Ejército una lealtad perruna, visceral, al Jefe Máximo, Benefactor y Padre de la Patria Nueva, que desde hacía tres décadas presidía los destinos de la República Dominicana y las vidas y muertes de los dominicanos (45).

En este fragmento se evidencia a Trujillo como el proveedor de la vida de los dominicanos. Controla las vidas ajenas como si fueran de su propiedad y pudiera establecer cuándo y cómo terminarlas. Nuevamente la animalización indica la subordinación irracional subhumana.

Amadito no recibió permiso para contraer matrimonio porque el hermano de Luisa pertenecía al grupo del 14 de Junio, lo cual el muchacho desconocía. Trujillo le ordenó: “Hay muchas mujeres en este país. Búsquese otra” (48). Lleno de congoja, Amadito obedeció porque:

[...] un militar obedecía las órdenes, sobre todo si venían del Benefactor y Padre de la Patria Nueva, quien había distraído unos minutos de su tiempo para hablarle en persona era por su propio bien. Debía obedecer (48).

El oficial reconoció que las decisiones negativas o adversas que tomaba Trujillo eran para el beneficio de sus súbditos. Como si el dictador fuera un padre, el soldado acató las normas impartidas aun en contra de su voluntad. En recompensa por su obediencia, ocho

² El texto utiliza junio con letra mayúscula. Por ende lo utilizaremos de esa manera.

meses antes de solicitar ascenso, elevaron a Amadito al rango de teniente primero. Con esta actuación, se muestra a Trujillo como un padre bondadoso y misericordioso, que premia la buena conducta de sus hijos.

Luego Amadito narró cómo el coronel Johnny Abbes le pidió la prueba de la lealtad, la cual consistía en matar a un traidor con sus propias manos. El coronel, el mayor y otros dos guardias, luego de haberlo embriagado, lo transportaron al pequeño puerto La Caleta. Allí los guardias bajaron del auto a un prisionero amordazado. Cuando lo soltaron, movía la cabeza con desesperación y emitió un rugido entrecortado. Amadito le disparó en la sien, superando así la prueba de su lealtad. Se dirigieron después al burdel de Puchita donde bebieron muchísimo. Abbes le confesó a Amadito que acababa de asesinar a un integrante del movimiento 14 de Junio; nada más y nada menos que al hermano de Luisa Gil. El desesperado joven le relató lo acontecido a Salvador, quien trató de consolarlo diciéndole que lo habían engañado y que la víctima no era hermano de Luisa. En lo recóndito de su ser, Amadito sabía que sí lo era. Entonces, le confesó a Salvador: “La próxima vez que dispare, será para matar a Trujillo, Turco” (61). Y allí estaba aquella noche para cumplir su palabra.

La historia del personaje Amadito, joven feliz porque había conseguido el verdadero amor, es conmovedora. El dictador tronchó sus sueños y no tuvo otro remedio que acatar las órdenes, en ocasiones convertidas en capricho, de Trujillo. Si desobedecía, no sólo arriesgaba su vida, sino la de su amada. Este relato presenta a Trujillo como el padre castrante, que pervierte la crianza de sus hijos. En vez de enseñarles a ser nobles, los obliga a sentirse malos, sucios y criminales manipulados por su voluntad. Se

convierte en un padre severo, “[...] en la pesadilla arquetípica del padre ogro” (Campbell 129).

Tanto Amadito como Urania pertenecen a la generación trujillista joven. La función literaria de Amadito es dramatizar la dependencia psicológica, emocional y física del dominicano joven, quien necesita del régimen pero a la vez es su víctima. Ambos jóvenes terminarán vejados ética y moralmente.

El encuentro entre Urania y su padre, Agustín Cabral, ocurrió en el capítulo cuatro. Cuando entró a la casita de César Nicolás Penson, en vez de dirigirse a ver a su padre, fue a la cocina a prepararse café. Al reencontrarse padre e hija, Urania examinó los rasgos físicos de su progenitor. Antes sus cabellos eran negros y ahora tenía mechones ralos amarillentos. Tenía dientes y ahora no. La examinación de los ojos del anciano le hizo recordar a Urania “[...] que eran grandes, seguros de sí, dueños del mundo (cuando no estaba cerca del Jefe” (64).

Anteriormente, se hizo referencia a la mirada de Trujillo. Una vez más, la sola presencia y cercanía de este hombre era motivo para que sus allegados y fieles colaboradores se sintieran intimidados por él. Cuando el Jefe estaba cerca, se humillaban ante el ser superior. Hasta tal grado ejercía poder sobre sus trabajadores que ellos mismos reconocían porque le habían adjudicado su grandeza y superioridad.

Irónicamente, Urania le recordó a su padre que obtuvo una ventaja por no haberse casado. Disponía de tiempo para leer. Le dijo que su departamento en Manhattan estaba lleno de muchos libros: “Testimonios, ensayos, memorias, muchos libros de historia. ¿Adivinas de qué época? La Era de Trujillo, cuál iba a ser. Lo más importante que nos

pasó en quinientos años. Lo decías con tanta convicción” (66). Urania recuerda la total convicción del padre sobre lo bueno y lo maravilloso que era Trujillo. Agustín Cabral representaba las generaciones trujillistas adultas que inculcaban y acondicionaban las mentes de los jóvenes para disponerlos al régimen.

Por otro lado, cuando el hilo conductor nos transporta a la risa del ministro Froilán al saber que su esposa y Trujillo mantenían relaciones sexuales, Urania se preguntó cómo era posible que un hombre así, educado, culto y preparado, llegara a aceptar eso. Reflexionó lo siguiente:

Hay cosas de la Era que has llegado a entender; algunas, al principio, te parecían inextricables, pero, a fuerza de leer, escuchar, cotejar y pensar, has llegado a comprender que tantos millones de personas, machacadas por la propaganda, por la falta de información, embrutecidas por el adoctrinamiento, el aislamiento, despojadas de libre albedrío, de voluntad y hasta de curiosidad por el miedo y la práctica del servilismo y la obsecuencia, llegaron a divinizar a Trujillo. No sólo a temerlo, sino a quererlo, como llegan a querer los hijos a los padres autoritarios, a convencerse de que azotes y castigos son por su bien. Lo que nunca has llegado a entender es que los dominicanos más preparados, las cabezas del país, abogados, médicos, ingenieros, salidos a veces de muy buenas universidades de Estados Unidos o de Europa, sensibles, cultos, con experiencia, lecturas, ideas, presumiblemente un desarrollado sentido del ridículo, sentimientos, pruritos, aceptaran ser vejados de manera tan salvaje

(lo fueron todos alguna vez) como esa noche, en Barahona, don Froilán Arala (75).

El uso de la segunda persona singular es el método que utiliza la voz narrativa para la autoreflexión de Urania. Su voz le habla a sí misma para lograr descifrar por qué las personas incultas adoraban a Trujillo. Ése es el mismo medio que la confronta y la llena de dudas al no poder entender por qué las personas instruidas también acataron su voluntad ciegamente. En el pasaje, se evidencia el inmenso poder que Trujillo ejercía sobre el pueblo dominicano. Se comprueba como hasta los más educados e instruidos, poseedores del entendimiento y la razón, se humillaban y se dejaban mancillar por el dictador. El pueblo pensó que merecía tal opresión y que el aniquilamiento de su persona era para su beneficio. La víctima justificó a su victimario.

Otro de los ajusticiadores, Antonio De la Maza, también había trabajado para Trujillo “[. . .] aun después de la muerte de Tavito” (110). El dictador le explicó que lo del suicidio de su hermano Tavito no era una farsa. Antonio sabía que Trujillo le estaba mintiendo y no actuó. ¿Por qué? Si ni siquiera tenía miedo de morir. Antonio reconoció lo siguiente:

Era algo más sutil e indefinible que el miedo: esa parálisis, el adormecimiento de la voluntad, del raciocinio y del libre albedrío que aquel personajillo acicalado hasta el ridículo, de vocecilla aflautada y ojos de hipnotizador, ejercía sobre los dominicanos pobres o ricos, cultos o incultos, amigos o enemigos, lo que lo tuvo allí, mudo, pasivo, escuchando aquellos embustes, espectador solitario de esa patraña, incapaz de

convertir en acción su voluntad de saltar sobre él y acabar con el aquelarre en que se había convertido la historia del país (119- 20).

Frente a Trujillo, Antonio sufrió una perturbación o suspensión de sus sentidos, un aniquilamiento de sus capacidades mentales y físicas. Aunque quiso actuar, rebelarse y atacarlo, el exterminio de su voluntad le provocó la misma inercia que padecían todos los dominicanos, víctimas de Trujillo.

Mas Trujillo, antes de permitirle que se marchara, le otorgó un empleo: “Además, como prueba de que el régimen considera a los De la Maza una familia leal, esta mañana se te ha otorgado la concesión del tramo por construir de la carretera Santiago-Puerto Plata” (120). El pobre Antonio salió de allí deshecho. Se fue a un cabaret y regresó a su casa al día siguiente. Su familia y su esposa le reclamaron. Ya sabían que Trujillo le había dado trabajo para callarle la boca. Él les explicó que fingió que creía en sus palabras y que se dejaba comprar. Con amarga zozobra y determinación, les juró una vez más, sobre todo a su madre, que vengaría a su amado hermano. Aquella misma noche que recordó todo lo sucedido vería cumplida su anhelada venganza.

En el capítulo nueve, Antonio Imbert relató como condenaron a 30 años de prisión por un crimen que no cometió a su hermano Segundo. Se preguntó: “¿Cómo podía sentirse un hombre que si mató lo hizo por el régimen y al que, en cambio, Trujillo tenía ya cinco años pudriéndose en una mazmorra?” (171). La lealtad de este personaje se evidencia porque cometió asesinatos por el régimen. Más que por el sistema mismo, los cometió por obediencia a su caudillo.

Ambos hermanos Imbert trabajaron para Trujillo. Antonio fue el gobernador de Puerto Plata y Segundo, comandante militar. El 19 de junio de 1949 desembarcó un grupo de antitrujillistas en la playa de Luperón, en la provincia de Puerto Plata. Los guardias capturaron a los invasores. Trujillo, en demostración de poderío y magnanimidad, permitió que de nuevo se exiliaran. Sin embargo, destituyó, encarceló y hostigó a los hermanos Imbert (172). A través de este correlato, la voz narrativa equiparó a Trujillo con Dios. Le adjudicó la facultad para juzgar y perdonar a los seres humanos. En sus manos se encontraba el porvenir de aquellos expedicionarios. Trujillo tuvo la oportunidad de sancionarlos o liberarlos. Escogió la segunda opción para engrandecerse y mostrar su poder omnímodo. Por otro lado, castigó a quienes trabajaban para él. Las acciones del dictador corroboraron una vez más que controlaba tanto las vidas de sus adversarios como las de sus fieles seguidores.

Al finalizar el capítulo, Antonio lamentó que el treinta o cuarenta por ciento de la población dominicana trabajara para el gobierno o sus empresas. Ni siquiera los ricos se salvaban de trabajar para él. Para conservar su riqueza “[. . .] debían aliarse con el Jefe, venderle parte de sus empresas o comprarle parte de las suyas y contribuir de este modo a su grandeza y poderío” (189). Este personaje tuvo conciencia de la atrocidad del régimen y de la impotencia ante el mismo sistema. Por eso reconoció que Trujillo creó un régimen:

[. . .] en el que todos los dominicanos tarde o temprano participaban como cómplices, un sistema del que sólo podían ponerse a salvo los exiliados (no siempre) y los muertos. En el país, de una manera u otra, todos habían

sido, eran o serían parte de régimen. “Lo peor que puede pasarle a un dominicano es ser inteligente o capaz,” había oído decir una vez a Álvaro Cabral (“Un dominicano muy inteligente y capaz,” se dijo) y la frase se le grabó: “Porque, entonces, tarde o temprano, Trujillo lo llamará a servir a régimen, o a su persona, y cuando llama, no está permitido decir que no.” Él era una prueba de esa verdad. Nunca se le pasó por la cabeza poner la menor resistencia a esos nombramientos. Como decía Estrella Sadhalá, el Chivo había quitado a los hombres el atributo sagrado que les concedió Dios: el libre albedrío (190).

Mediante esa reflexión, la voz narrativa se adentró en la psicología de los personajes. Todos, sin remedio, aprobaron y apoyaron al régimen. Según el fragmento, los dominicanos pasivos en la obra, quienes con la falta de acción aceptaron la dictadura que les impuso Trujillo, fueron también sus cómplices. Recordemos que su conciencia adoctrinada para obedecer al régimen fue más fuerte que sus deseos.

En el capítulo 11, se llevó a cabo un almuerzo que ofreció Trujillo a Simon y Dorothy Gittleman, “[. . .] luego de la ceremonia en la que el ex marine fue condecorado con la Orden del Mérito Juan Pablo Duarte” (214). En el 1921, cuando Trujillo ingresó a la Escuela para Oficiales de Haina, Gittleman fue su instructor. El *ex marine* recordó que los senadores Chirinos y Cabral eran compañeros inseparables, a quienes Trujillo les asignaba tareas conjuntas. Ese compañerismo fue relativo porque “[. . .] cesaba en cuanto estaban en juego la consideración o los halagos del Jefe” (232). El dictador se deleitaba cuando los del círculo íntimo se traicionaban sigilosamente “[. . .] para desplazar al

compañero, adelantarse, estar más cerca y merecer mayor atención, oídos y bromas del Jefe” (232). Trujillo mismo promovía este proceso por el cual pasaban todos sus allegados. A todos, en su momento, les hacía llegar la desgracia. Su más reciente víctima había sido Agustín Cabral, a quien logró:

[. . .] alejarlo, hacerlo tomar conciencia de que todo lo que era, valía y tenía se lo debía a Trujillo, que sin el Benefactor no era nadie. Una prueba por la que había hecho pasar a todos sus colaboradores, íntimos o lejanos. Cerebritito lo había tomado mal, desesperándose, como una hembra enamorada a la que despide su macho (232-33).

En este pasaje se evidencia una doble magnificación. La voz narrativa igualó a Trujillo con Dios. Este hombre hizo con Agustín lo que le vino en ganas. Cabral representa a los que ejercieron fe absoluta en el dictador, a aquéllos que tuvieron la convicción total de que gracias al dictador eran personas de valor y que sin él no podían existir. Agustín Cabral evidenció el tributo que el pueblo le rindió a Trujillo. Nuevamente, ocurrió un proceso de animalización de los personajes para evidenciar la lealtad a su jefe.

Urania visitó a su tía Adelina otra vez. Durante la conversación, la anciana le contó cómo su hermano Agustín había perdido el favor de Trujillo. Una mañana en la sección El Foro Público del diario El Caribe, se publicó una carta que indicaba los agravios que cometió el senador, entre los que se encontraban: comisiones ilegales, adquisición de material obsoleto con sobrevaloración de precios e inflación ficticia de presupuestos y que una comisión investigadora había sido nombrada para examinar los cargos contra él. Esta misiva constituyó la perdición para don Agustín. Se sintió

devastado, humillado y no podía imaginar por qué Trujillo había permitido algo así. Se fue a trabajar como de costumbre y al dirigirse a una reunión del bufete directivo del Senado, Paris Goico, su ayudante, le informó que el vicepresidente había suspendido la reunión. Agustín fue a la oficina del vicepresidente, Jeremías Quintanilla, y le reclamó que ese atributo era sólo del presidente. Además, le pidió el nombre de quién había transmitido la orden y Quintanilla le contestó: “Henry Chirinos. [. . .] Lo siento, Cerebrito” (262).

Agustín se dirigió a la casa de Chirinos, pero antes, Teosodio, el chofer, le comunicó que los perseguía un “cepillo” con calíes, uno de los Volkswagen negros del Servicio de Inteligencia Militar. Chirinos le recomendó que hablara con Trujillo, que se excusara, que le diera explicaciones y que reconquistara su confianza. Cabral preguntó asombrado: “¿Excusarme, Henry? ¿Qué he hecho? ¿No dedico mis noches y mis días al Jefe?” (268).

Otra vez, la tía Adelina le mencionó a Urania que fueron días difíciles para la familia. Lucinda recordó haber escuchado a su tío decir: “¿Pero, Dios mío, qué he podido hacerle al Jefe para que me maltrate así?” (270). Los momentos de angustia que vivió el senador Cabral lo hicieron visitar al coronel Abbes, el primero que lo recibía porque ni Trujillo ni Balaguer habían respondido a sus solicitudes de audiencia. Le pidió que le dijera de qué se le acusaba: “Tengo mi conciencia limpia. Desde mis veinte años dedico mi vida a Trujillo y al país” (274). Abbes le recordó la vez que él había asistido a un coctel en la casa del señor Dearborn, cónsul de Estados Unidos, enemigo del régimen por cuya oficina pasaban todas las conspiraciones. Agustín se asombró muchísimo

porque el mismo Trujillo lo autorizó a asistir junto a Paíno Pichardo para obtener información. Abbes le había propuesto a Trujillo, que en vista de la traición yanqui cuando la OEA acordó las sanciones, había que acercarse a los rusos y a los países del este. Contrario a su opinión, Cabral trataba de convencer a Trujillo de que era posible una reconciliación con Estados Unidos. De esta forma, supuso que Abbes le había clavado el puñal porque no opinaba como él. Salió de las Oficinas del SIM y caminaba sin rumbo mientras pensaba:

¿Cómo podía castigarlo por obedecer? ¿Insinuó tal vez Paíno a Trujillo que él se mostró en aquel coctel demasiado cordial con el gringo? No, no, no. No podía ser que por una insignificancia tan estúpida el Jefe pisoteara a alguien que lo había servido con devoción, con más desinterés que nadie (279).

Caminó sin rumbo dos horas hasta que entró al bar El Turey y se bebió una cerveza. Mientras estaba allí pensó en qué pasaría con su hija Uranita si lo metían preso o lo mataban. Determinó que se quedaría con su hermana Adelina, quien la aceptaría como hija. También recordó las tres cartas que le envió al Jefe. En ellas le pedía perdón “[. . .] por la falta que hubiera podido cometer, jurando que haría cualquier cosa para desagraviarlo y redimirse, si en un acto de ligereza o de inconsciencia le falló” (280). Pensó que todo se aclararía y le diría a Trujillo que para él “[. . .] no sólo había sido el Jefe, el estadista, el fundador de la República, sino un modelo humano, un padre” (280).

Nuevamente se evidencia en la novela la forma en que los personajes ensalzan a Trujillo. Agustín estuvo de acuerdo en hacer cualquier cosa por recobrar el perdón por

parte del Jefe. Estaba dispuesto a humillarse, a entregarse y a ofrecerse para hacer la voluntad de Trujillo. A través de la voz de este personaje, Trujillo es elevado al plano mítico, al catalogársele como “modelo humano,” lleno de virtudes y capacidades superiores a las de un individuo común. Lo clasificó también como “un padre,” modelo de autoridad, conecedor del bien y del mal para sus hijos, capaz de reprenderlos para llevarlos al buen camino. Los títulos hacia el dictador implican lo que constituye para su pueblo y el porqué se somete a su voluntad. Trujillo es el Jefe, el militar de más alto rango que representa autoridad y merece respeto. Es el Benefactor que provee el bienestar. Además, es el padre que personifica la sabiduría y reconoce lo correcto y lo incorrecto para sus hijos.

Política nacional dominicana

Forjador y dueño de la “Patria Nueva”

Manuel Alfonso era quien le conseguía mujeres las a Trujillo. Cuando visitó a Agustín Cabral, padre de Urania, para indicarle por qué el Jefe no aceptaba debilidades, Cabral le contestó: “Por ser así, ha hecho este país” (338). Más adelante en el diálogo, Manuel comparó al dictador con varios conquistadores:

[...] Trujillo es una de esas anomalías en la historia. Carlomagno, Napoleón, Bolívar: de esa estirpe. Fuerzas de la Naturaleza, instrumentos de Dios, hacedores de pueblos. Él es uno de ellos, Cerebritito [...]. (344)

Ambos personajes reconocían que su patria era el resultado de las sobresalientes hazañas del dictador. Según sus palabras, Trujillo era un hombre para la historia, no sólo

dominicana, sino internacional. Pensaban que fue el mayor propulsor de la grandeza de su país, como aseguró Víctor Peña en su libro Historia oculta de un dictador (39).

Dueño de vidas, forjador de una identidad “blanca” dominicana

Cuando Trujillo ingresó a la Escuela para Oficiales de Haina, tuvo como instructor al *marine* Simon Gittleman. Pasados muchos años, el dictador ofrecía un almuerzo en su honor para condecorarlo con la Orden del Mérito Juan Pablo Duarte. Allí el *ex marine* le preguntó: “De todas las medidas que ha tomado para hacer grande este país ¿cuál fue la más difícil?” (214). Con orgullo el dictador declaró:

Por este país yo me he manchado de sangre – afirmó, deletreando-. Para que los negros no nos colonizaran otra vez. Eran decenas de miles, por todas partes. Hoy no existiría la República Dominicana. Como en 1840, toda la isla sería Haití. El puñado de blancos sobrevivientes, serviría a los negros. Ésa fue la decisión más difícil en treinta años de gobierno, Simon (215).

El nacionalismo fascista del dictador no conoció límites. Solamente Trujillo “con una indiferencia fría hacia la vida, pudo devolverle al país la definición y la seguridad de sus fronteras” (Peña 48). El jefe ordenó “limpiar” el territorio nacional fronterizo, pero su acción no concluyó ahí porque:

Trasladó numerosos funcionarios, acompañados por sus familias, a posiciones cercanas a la frontera, donde creó poblaciones en aquellas regiones que los haitianos habían invadido, para “dominicanizar” la zona (Peña 49).

Para los dominicanos cuyo territorio y fuentes de ingreso fueron arrebatados por los haitianos, Trujillo les “resolvió” el problema.

“Apertura” de la democracia vs. anti-comunismo

En su desesperación por recuperar la aprobación del caudillo, Cabral dialogó con varios funcionarios del gobierno, entre éstos, Abbes García. En la conversación, el coronel le asegura que entre ellos hay discrepancias porque Cabral fue uno de los que intentó convencer a Trujillo sobre la posibilidad de reconciliación con los norteamericanos. El senador reflexionó: “¿Era ésta la razón? ¿Le había clavado Abbes García el puñal? ¿Aceptó el Jefe esa imbecilidad? ¿Lo alejaban para acercar al régimen al comunismo? [...]” (277) Luego le afirmó: “Ni la URSS ni sus satélites aceptarán jamás el acercamiento con la República Dominicana, baluarte anticomunista en el Continente” (277). El trujillato catalogaba como enemigo del régimen a todo aquél que considerara comunista. Ése fue el criterio que se usaba para eliminar a los opositores del régimen “democrático” trujillista. Estas prácticas resultaron represivas y opresoras para las familias dominicanas.

Divinidad

Mesías esperado

Una mañana, el dictador había comenzado a pedalear en su bicicleta estacionaria cuando pensó en doña María Martínez, su esposa. Ésta, junto a otras señoras y al senador Chirinos, se aprendieron fragmentos de las Meditaciones morales o parlamentos de la obra teatral Falsa amistad y los recitaban. De manera satírica, él destaca que doña María se convirtió en escritora y moralista:

No gracias a ella, sino a él, como todo lo que ocurría en este país hacía tres décadas. Trujillo podía hacer que el agua se volviera vino y los panes se multiplicaran, si le daba en los cojones (28).

En este fragmento se compara a Trujillo con Jesús. Es importante recordar que la conversión de agua en vino en las bodas de Canaán, así como la posterior multiplicación de panes y peces para alimentar a una multitud fueron milagros que efectuó Jesús. Sin embargo, la mención de un rasgo físico-sexual por medio de una palabra vulgar y ordinaria convierte a la comparación en una burla. Se magnificaba al atribuirse todo el avance de la República Dominicana desde que él ha estado en el poder. Es como si en su persona hubiera existido una amalgama de virtudes que lo facultaban para crear el progreso del país que tiraniza.

Otro mito en torno a su figura señala que Trujillo no transpiraba:

Trujillo nunca suda. Se pone en lo más ardiente del verano esos uniformes de paño, tricornio de terciopelo y guantes, sin que se vea en su frente brillo de sudor. No sudaba si no quería. Pero, en la intimidad, cuando hacía sus ejercicios, daba permiso a su cuerpo para que lo hiciera (29).

Aquí se presenta al dictador como si no fuera humano ni su cuerpo llevara a cabo la expulsión de desechos mediante el sudor. Ejercía control absoluto sobre sus sistemas corporales. Según la voz narrativa, Trujillo sudaba sólo cuando él quería.

En el programa radial La Voz Dominicana se anunció el premio Julia Molina viuda de Trujillo a la madre más prolífera. Ese año el premio recayó sobre doña Alejandrina Francisco, quien al recibir la medalla con la efigie de la Excelsa Matrona,

declaró: “Mis veintiún hijos darán la vida por el Benefactor, si se la pide” (30). Para esta madre sería un honor que sus hijos ofrecieran sus vidas por Trujillo. La última parte de su declaración, “si se la pide,” evidencia que los dominicanos tienen que obedecer los caprichos de su Benefactor, como si sus deseos fueran preceptos bíblicos.

En el capítulo cinco, el coronel Johnny Abbes entró al despacho de Trujillo y dejó sobre el escritorio el informe de ocurrencias, como lo hacía cada madrugada. Ambos tomaron café y mientras conversaban, el dictador recordó las sanciones impuestas por la OEA, como la privación de importar productos. Supuso que los negocios en Ultramar, compañía importadora de productos al mando de Abbes, iría mal. A lo que el coronel le contestó:

Prácticamente, paralizadas. No me importa, Excelencia. Ahora, mis veinticuatro horas del día están dedicadas a impedir que los enemigos destruyan este régimen y lo maten a usted (95).

A lo que Trujillo concluyó que lo admiraba tanto como a Fidel Castro y Abbes declaró: “A usted no lo admiro. Yo vivo por usted. Para usted. Si me permite, soy el perro guardián de usted” (95).

Vemos que lo que sentía Abbes por su Jefe trascendió la admiración. Trujillo era ya la razón de su existencia: vivía por él y para él. Servirle y glorificarlo se habían convertido en el norte de su vida. Otra vez, el recurso literario metafórico presenta a uno de sus súbditos como el perro al servicio del amo. Esta escena podría compararse también con el bautismo de Jesús. Aquel día el Hijo se presentó al Padre para hacer su

voluntad. De forma comparativa, Abbes se encomendó a merced y disposición de Trujillo.

Posteriormente, los hombres que esperaban para matar a Trujillo recibieron la confirmación sobre su aparición en cualquier momento. Miguel Ángel Báez Díaz llegó y se lo informó a Antonio De la Maza. Este hombre sabía que el dictador llegaría porque trabajaba para él y ese mismo día había caminado con el Chivo por el Malecón. Trujillo se atrasó porque después del paseo llevó a Pupo Román a la base de San Isidoro. Antonio nunca fue un trujillista de corazón. Esa noche del 30 de mayo de 1961, con cuarenta y siete años recién cumplidos, lamentó haber tenido que trabajar para Trujillo:

Como militar o como civil, hacía veintitantos años que contribuía a la fortuna y el poderío del Benefactor y Padre de la Nueva Patria. Era el gran fracaso de su vida. Nunca supo librarse de las trampas que Trujillo le tendió. Odiándolo con todas sus fuerzas, había seguido sirviéndolo, aun después de la muerte de Tavito (110).

El joven Octavio, apodado Tavito, era su hermano menor y “entrañable amigo” (110). Él sí fue trujillista acérrimo, “[. . .] uno de los que pensaba en el Jefe como un ser superior” (110). Entre ellos hubo muchas discusiones porque a Antonio le molestaba que Tavito dijera que “[. . .] Trujillo era un don del cielo para la República” (110).

A través de las palabras de Tavito, se compara a Trujillo con Jesús. Sus palabras tienen referencias bíblicas. Jesús fue enviado por su Padre Celestial a salvar, redimir y limpiar a la humanidad del pecado. El Mesías se dio por nosotros. La aseveración de

Tavito equiparó a Trujillo con Jesús. Es como si de igual forma Dios hubiese enviado a Trujillo para ofrendarse por la República Dominicana.

Antonio reconoció que Tavito tuvo mucho que agradecerle a Trujillo. En una ocasión, cuando mató de un tiro al cónsul dominicano en Inglaterra, lo salvó de la cárcel. Trujillo ordenó al tribunal dominicano que lo absolviera. Por él, su hermano pudo retener su libertad. Posteriormente, aprendió a pilotear y fue empleado por la Dominicana de Aviación. El mismo joven le dijo a Antonio en una ocasión estar “[. . .] dispuesto a dar mi vida por el Jefe y a hacer cualquier cosa que me ordene” (111). Era evidente que Tavito confiaba plenamente en Trujillo y que profesaba una fe ciega en él. Sin embargo, Antonio sabía que aquellos favores que el Jefe hizo por su hermano tenían un precio. Esa noche, mientras fumaba esperando por el dictador, pensó: “Sí, diste la vida por él” (111). A continuación, rememoró de qué había sido víctima su hermano y cómo murió.

Antonio reconoció que su hermano estaba en problemas porque Murphy y Tavito volaban juntos y eran muy amigos. Antonio le advirtió sobre el peligro que corría su vida, pues él personalmente llevó a De Galíndez a la casa de Trujillo. Su hermano se reía porque confiaba plenamente en el Jefe. La noche de la advertencia fue la última vez que Antonio vio con vida a su hermano. A los tres días, Murphy desapareció y Tavito fue apresado en La Victoria. Antonio intentó hablar con los más altos oficiales y dirigentes del régimen y hasta solicitó una audiencia a Trujillo, sin embargo, todo fue en vano. Al poco tiempo, un carro del SIM arrojó el cadáver de Tavito en el jardín de entrada a su casa. Le gritaron a su esposa Altagracia que Tavito se había ahorcado en la cárcel. A los pocos días se divulgó en la prensa radial y escrita una carta manuscrita de Tavito

explicando su suicidio. La carta indicaba que mató a Murphy porque éste lo hostigaba sexualmente y él quería conservar su honor de hombre. Explicó que el remordimiento era tanto que optó por quitarse la vida. De forma maléficamente intencionada, Trujillo se deshizo de los dos testigos principales de la muerte de Jesús De Galíndez ordenada por él mismo.

En una ocasión en que Trujillo oró a Dios para que le permitiera tener un acto sexual con Yolanda Esterel, le comunicó: “[. . .] Para saber que no estoy muerto. Que no estoy viejo. Que puedo seguir reemplazándote en la tarea de sacar adelante este endemoniado país de pendejos [. . .].” (371-72) La voz narrativa que representa al dictador presume que ha ocupado el mismísimo lugar de Dios y ha llegado a equipararse con él. Peña Rivera asegura en su libro que “[. . .] el Generalísimo había usurpado el lugar de Dios en la tierra dominicana” (315).

Omnipotencia y omnisciencia

Amado García Guerrero se había enamorado de una hermosa morenita llamada Luisa Gil. La joven lo llevó a conocer a su familia y él la llevó a almorzar a casa de los Estrella Sadhalá, quienes lo animaron cuando les dijo que pediría su mano formalmente a sus padres. Así lo hizo y también “[. . .] de acuerdo con el reglamento, solicitó autorización para casarse al comando de los ayudantes militares” (46). La respuesta demoraba y le dijeron que la solicitud pasaba al Sistema de Inteligencia Militar (SIM) para investigar a la contrayente y que al cabo de diez días le avisarían. Pasaron veinte días y la respuesta no llegó. El día veintiuno Trujillo lo llamó a su despacho. Allí fue la

primera vez que el Jefe posó su mirada sobre el joven teniente y la primera vez que intercambió palabras con quien veía diariamente en la Estancia Radhamés.

El tema sobre la mirada de Trujillo era conocido por Amadito. En su niñez había oído hablar sobre el efecto de esa mirada en su casa y en la escuela. De adulto, como oficial del ejército, la mirada del Jefe también era tema de conversación. Aquélla era una mirada:

[. . .] que nadie podía resistir sin bajar los ojos, intimidado, aniquilado por la fuerza que irradiaban esas pupilas perforantes, que parecía leer los pensamientos más secretos, los deseos y apetitos ocultos, que hacía sentirse desnudas a las gentes (47).

El narrador recrea por medio de sus palabras, la creencia de los dominicanos en la fuerza sobrehumana de la mirada omnisciente del dictador y jefe. La mente nacional colectiva adoctrinada por los dogmas del trujillato, presentada en la novela, le adjudica poderes divinos y extraordinarios como el de leer los pensamientos. Asimismo, en este fragmento existe una referencia bíblica. Cuando Dios se presentó a Moisés en forma de arbusto resplandeciente, el fulgor era tan inmenso que le impidió mirarlo. Tal era la fama de la mirada del dictador, que el mismo Amadito le confesó a Salvador: “Yo nunca he tenido miedo en la vida. Hasta que me cayó encima esa mirada, Turco. Es verdad. Como si me escarbara la conciencia” (48).

Otro ejemplo aparece en el último capítulo cuando Urania les cuenta a su tía y a sus primas la afrenta de la cual fue víctima. Al hacerlo, recordó el poder y el efecto de la mirada del dictador:

Lo de los ojos, lo de las miradas de Trujillo, lo había oído muchas veces. A papá, a los amigos de papá. Entonces, supe que era cierto. Una mirada que escarbaba, que iba hasta el fondo. Sonreía, muy galante, pero esa mirada me vació, me dejó puro pellejo. Ya no fui yo (502).

Ambos jóvenes, Urania y Amadito, resultaron víctimas del mágico poder de la mirada de Trujillo. Los dos se sintieron debilitados por aquellos ojos que les auscultaba lo más recóndito de su ser.

Eterna juventud

Urania estaba indecisa si salir o permanecer en su habitación. Desde su llegada, las horas transcurrían llenas de recuerdos. Esta inactividad era inusual en ella, acostumbrada a no perder el tiempo. A través de este tiempo de ocio, Urania nos transporta a la República Dominicana de su niñez. Se dejó caer en un sillón y recordó las palabras de su padre: “Esta hija mía siempre trabajando, hasta dormida repite la lección” (14). Inmediatamente después se preguntó si su padre se jactaría delante del Jefe de sus proezas escolares. Se lo imagina diciéndole:

Me gustaría tanto que usted la conociera, sacó el Premio de Excelencia todos los años desde que entró al Santo Domingo. Para ella, conocerlo, darle la mano, sería la felicidad. Urania reza todas las noches porque Dios le conserve esa salud de hierro. Y, también, por doña Julia y doña María. Háganos ese honor. Se lo pide, se lo ruega, se lo implora el más fiel de sus perros. Usted no puede negármelo: recíbala. ¡Excelencia! ¡Jefe! (14).

Las palabras de Cabral destacaban una vez más el estado físico superior de Trujillo. El otorgar el modificador de hierro a la salud denota fortaleza, resistencia e inmunidad a las enfermedades. La animalización se presenta como un recurso adverso a la civilización. El perro es el animal leal que siempre está junto a su dueño aunque lo maltrate. Además, es dependiente y se puede entrenar. Mediante esta comparación, se presenta al ciudadano carente de criterio propio y libre albedrío, víctima del adoctrinamiento trujillista. Es el trabajador sometido, en la escala laboral, a la figura autoritaria que ordena.

Trujillo despertó al sonar el reloj a las 3:50 de la madrugada. Se preparaba para ejercitarse mientras recordó que siempre había dormido poco:

Nunca había necesitado muchas horas de sueño; desde joven, en San Cristóbal, o cuando era jefe de guardas campestres en el ingenio Boca Chica, cuatro o cinco le bastaban, aun si había bebido y tirado hasta el amanecer. Su capacidad de recuperación física, con un mínimo de reposo, contribuyó a su aureola de ser superior (26).

El vigor y la resistencia de su constitución hacían de Trujillo un ser capaz de rápida recuperación. Esa habilidad le adjudicó el resplandor circular detrás de la cabeza de las imágenes sagradas. Tenía la aureola, que pertenece a los ángeles emisarios de Dios. Se demuestra aquí la elevación al ámbito celestial de la figura de Trujillo, como si tuviera comunicación directa y personal con Dios.

Antonio De la Maza y su familia fueron horacistas y a pesar de trabajar para Trujillo, en lo recóndito de su ser, le guardaba rencor a quien terminó con la carrera política del Presidente Vázquez. Aun así:

No pudo sustraerse al magnetismo que irradiaba ese ser incansable, que podía trabajar veinte horas seguidas, y, luego de dos o tres horas de sueño, comenzar el nuevo día al amanecer, fresco como un adolescente. Ese hombre que, según la mitología popular, no sudaba, no dormía, nunca tenía una arruga en el uniforme, el chaqué o el traje de calle, y que, en esos años en que Antonio formaba parte de su guardia de hierro, había, en efecto, transformado este país (108).

Una vez más se hace referencia a los atributos físicos de Trujillo: su fortaleza y resistencia física, no sudar ni necesitar el sueño. Todas estas peculiaridades los convierten en una figura superior, en un semi-dios. En la conciencia colectiva de los personajes, un hombre con tales cualidades ganó deferencia y admiración. Era merecedor de llevar las riendas del país.

Sexualidad desmedida y machismo

Urania narró cómo Trujillo visitaba a las esposas de los ministros y senadores cuando éstos no estaban en su casa. Allí, frente a su padre, relató su experiencia vivida con la esposa del ministro Froilán. Una tarde cuando llegó de la escuela, la esposa de Froilán la invitó a su casa para regalarle chocolates, los cuales no pudo comer por la llegada de un automóvil frente a la casa. La señora, que estaba vestida como para una fiesta, se sobresaltó y le dijo que tenía que irse. Cuando Urania iba a salir, la puerta se abrió y apareció Trujillo. Preguntó quién era la niña, la señora le contestó y Urania se fue para su casa. Le contó a su padre lo sucedido y él le hizo jurar que no se lo diría a nadie.

Con el paso del tiempo, Urania supo para qué Trujillo visitaba a las esposas de sus ministros. Cara a cara con su padre, treinta y cinco años después, le preguntó:

¿Visitó el Jefe a mi mamá? ¿Antes de que yo naciera? ¿Cuándo estaba muy chiquita para recordarlo? Lo hacía cuando las esposas eran bellas. Mi mamá lo era ¿no? Yo no recuerdo que viniera, pero pudo venir antes. ¿Qué hizo mi mamá? ¿Se resignó? ¿Se alegró, orgullosa de ese honor? Ésa era la norma ¿verdad? Las buenas dominicanas agradecían que el Jefe se dignara tirárselas. ¿Te parece una vulgaridad? Pero si ése era el verbo que usaba tu querido Jefe (71).

Era común que estas mujeres se sintieran contentas de haber sido escogidas por Trujillo. Para las dominicanas agradecidas no era una deshonra, sino una especie de éxtasis religioso la comunión sexual con el jefe. Sus esposos, resignados, lo aceptaban. Una noche, la directiva del Partido Dominicano de Barahona tuvo una recepción en honor al dictador. Todos bailaron y bebieron. Muy tarde ya, y habiendo bebido demasiado, Trujillo les dijo a los presentes que había estrechado en sus brazos a las mujeres más hermosas de República Dominicana: “¿Saben ustedes cuál ha sido la mejor, de todas las hembras que me tiré? ¡La mujer de Froilán!” (74). Éste último celebró con risas, como todos los demás, el buen humor de Trujillo.

En la novela, también, se relata la historia de un padre, dirigente del Partido Dominicano en el Cibao, quien entrega su hija a Trujillo para que tenga su primera experiencia sexual. La voz narrativa indica:

Moni. Por qué no. Era una linda y cariñosa muchacha, que nunca lo había defraudado, desde aquella vez, en Quinigua, cuando su padre en persona se la llevó a la fiesta que le daban los americanos de La Yuquera: “Mire la sorpresa que le traigo, Jefe” (383).

Aun después de casada, esta mujer continuó teniendo relaciones íntimas con el dictador. Enviaban a su esposo a beberse una cerveza o a conversar con Zacarías de la Cruz. En Palacio, Trujillo recibía la visita de muchas mujeres y no todas rechazaban sus insinuaciones sexuales. Gustaba de tener intimidad con jóvenes vírgenes, a las que él mismo se encargaba de buscarles marido. Usualmente, los compraba, es decir, “[. . .] el dinero era la mágica razón para desposarlos [. . .].” (Peña 35)

En el último capítulo, los lectores se convierten en testigos presenciales de una inusitada muestra de lealtad. Agustín Cabral ha sido capaz de entregar a su hija Urania como cordero para sacrificio a Trujillo por ganar su confianza nuevamente. La narración nos traslada a sus catorce años. La hoy mujer nos recuerda que como Trujillo no pudo tener una erección, pese a sus varios intentos, la ultrajó con sus manos. Uranita “[...] se sintió rajada, acuchillada; un relámpago corrió de su cerebro a los pies. Gimió, sintiendo que se moría” (509). En este capítulo se comprueba que el poder político está íntimamente vinculado al poder sexual.

Recapitulación

Mario Vargas Llosa en su novela La fiesta del chivo recrea la sociedad dominicana de los últimos años de la dictadura de Rafael Trujillo. Varias son las voces que nos trasladan a la época para descubrir los recursos usados por el dictador para

ensalzarse como un gobernante singular. Urania Cabral y los conspiradores que planificaron matarlo narran desde sus experiencias vividas cómo este hombre mantuvo su régimen por tres décadas. Por otro lado, para los miembros del Servicio de Inteligencia Militar y los más íntimos allegados del dictador, la adulación fue el recurso que les permitió ganarse el “favor” del jefe. Por sus proezas, se convirtió en el creador de la Patria Nueva y en el gobernante que devolvió la “blancura” perdida a los dominicanos a costa de miles de vidas haitianas.

El dictador mismo se atribuyó haber rescatado milagrosamente a la República Dominicana del letargo social en que se hallaba. De esta manera, resultó el Mesías que por años esperó el pueblo dominicano. En torno a sus dones, y según la narración, surgió como figura mítica porque no sudaba y realizaba milagros como Jesús. Por tal “superioridad,” sus súbditos lo veían siempre joven, revitalizado, como si el tiempo no transcurriera en su persona. Algunos de los conspiradores le adjudicaron omnisciencia al poder de su mirada. Asimismo, se erigió como la figura militar y paternal que la ciudadanía debía obedecer.

Vargas Llosa presenta también el plano humano del dictador. Nos muestra su decadencia sexual en el ocaso de su vida. Precisamente, su impotencia lo convirtió en victimario al cometer una violación muy particular contra Urania. A su vez, lo hizo víctima por no poder satisfacer ya sus desmedidos deseos sexuales. A través de una prosa depurada, el autor indaga en la psiquis del pueblo dominicano, de Urania y del propio dictador. Mediante la lectura de esta magistral novela, transcurren los eventos

ante nuestros ojos como un documental fotográfico, transportándonos así a la época del trujillato.

Conclusión

A través del análisis de las novelas En el tiempo de las mariposas de Julia Álvarez y La fiesta del chivo de Mario Vargas Llosa examinamos la relación entre mito, historia y literatura en la figura del dictador Rafael Leónidas Trujillo Molina. Nos adentramos en una época real de la historia dominicana: la Era de Trujillo. Primeramente, estudiamos el origen y los posibles significados de los mitos en la historia humana. Identificamos la literatura como el medio que tiene la humanidad para perpetuar su historia mediante los mitos. Plasmamos las características y las consecuencias de una de las más crueles y sangrientas dictaduras del Caribe.

Julia Álvarez, mediante la técnica de diario, da vida a las voces de las hermanas Mirabal para presentarnos hasta qué grado el dictador influyó en las vidas de las familias dominicanas. Mientras que en su novela, las voces de las mariposas narran los acontecimientos desde la perspectiva del presente y de la inocencia (entonces Trujillo es una figura ambigua en la que se puede ver la doble cara del poder del padre: proveedor de vida y origen del castigo que duele y reprime), la de Vargas Llosa está narrada desde la perspectiva cínica y desilusionada de Urania Cabral, que mira hacia el pasado lejano. En La fiesta del chivo la voz narrativa utiliza la ironía, la rabia y el desenmascaramiento directo para señalar las atrocidades cometidas por el dictador. El discurso femenino descubre los más íntimos y sádicos deseos sexuales del tirano. Su víctima más inocente, Urania, es el recurso creado por el autor para destacar la influencia de Trujillo en las vidas noveladas.

En ambas novelas la voz narrativa iguala a Trujillo con Dios y resulta ser el redentor de la República Dominicana. Los personajes cobran vida para representar su relación con el jefe. La voz que cada uno asume evidencia las circunstancias y las consecuencias del trujillato en la sociedad dominicana. Precisamente, los personajes cumplen la función de enmarcar y de difundir la superioridad de Trujillo. Su respeto incondicional, su lealtad y su obediencia a esa figura paternal proveedora, creada por ellos mismos, elaboran el proceso de mitificación del dictador.

Con esta investigación, esperamos aportar significativamente al estudio de los mitos en la literatura hispanoamericana. No pretendemos agotar el tema. Por el contrario, anhelamos que esta tesis sea motivo para futuras investigaciones.

Bibliografía

Alcántara Almanzar, José. “Los escritores dominicanos bajo la dictadura de Trujillo.”

Revista Review Interamericana 21(1991): 97-109.

Alonso, Vitalina. “¿Un tiempo de mariposas?” Casa de las Américas 212 (1998): 145-49.

Álvarez, Julia. En el tiempo de las mariposas. Santo Domingo: Editora Taller, 1997.

Aquino García, Miguel. Holocausto en El Caribe. Santo Domingo: Universidad Interamericana, 1997.

- - -. Tres heroínas y un tirano: La historia verídica de las hermanas Mirabal y su asesinato por Rafael Leónidas Trujillo. Santo Domingo: Editora Corripio, 1996.

Arzeno Rodríguez, Luis. Ciudad Trujillo: Refugio de tiranos. Santo Domingo: Publicaciones América, 1984.

Balaguer, Joaquín. La isla al revés: Haití y el destino dominicano. Santo Domingo: Librería Dominicana, S.A., 1984.

- - -. Memorias de un cortesano de la Era de Trujillo. Santo Domingo: Editora Corripio, 1989.

Campbell, Joseph. El héroe de las mil caras: Psicoanálisis del mito. México: Fondo de Cultura Económica, 1959.

Cassá, Roberto. Capitalismo y dictadura. República Dominicana: Editora de la Universidad Autónoma de Santo Domingo, 1982.

Cencillo, Luis. Mito, semántica y realidad. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos,

1982.

Cirlot, Juan. Diccionario de símbolos. Barcelona: Editorial Labor S.A., 1982.

Coonrod, Elizabeth. "Recovering a Space for a History between Imperialism and Patriarchy." Thamyris 5:2 (1998): 263-79.

Cruz, Josefina. La sociedad dominicana de finales de siglo a traves de la novela. Santo Domingo: Editora Universitaria, 1986.

De Galíndez, Jesús. La era de Trujillo. República Dominicana: Editora Campos, 1975.

Derby, Lauren. "The Dictators Seduction: Gender and State Spectacle during the Trujillo Regime." Callaloo: A-Journal of African-American-and African-Arts and Letters 23 (2000): 1112-46.

Díez del Corral, Luis. La función del mito clásico en la literatura contemporánea. Madrid: Gredos, 1974.

Eliade, Mircea. Mito y realidad. Madrid: Ediciones Guadarrama, 1968.

Espaillet, Arturo. Trujillo: El último de los césares. Illinois: Henry Regnery Company, 1963.

Feliciano, Katzmín. "El arquetipo patriarcal en El otoño del patriarca de Gabriel García Márquez." UPR – Recinto Universitario de Mayagüez, 1991.

Fernández Valledor, Roberto. El mito de Cofresí en la narrativa antillana. Río Piedras: Editorial Universitaria, 1978.

Ferré, Rosario. "La fiesta del chivo." Revista del Instituto de Cultura puertorriqueña 2:3 (2001): 112-15.

Ferreras, Ramón. Las Mirabal. Santo Domingo: Editorial del Nordeste, 1982.

- Fuentes, Carlos. La nueva novela hispanoamericana. México: Editorial Joaquín Mortiz, S.A., 1969.
- Gallegos, Gerardo. Trujillo: Cara y cruz de su dictadura. Madrid: Ediciones Iberoamericanas, 1968.
- García, Juan C. El dictador en la literatura hispanoamericana. Chile: Mosquito Comunicaciones, 2000.
- Gewecke, Frauke. “La fiesta del chivo de Mario Vargas Llosa: Perspectivas de recepción de una novela de éxito.” Iberoamericana 3 (2001): 151- 65.
- González, Daniushka. “En el tiempo de las mariposas, de Julia Álvarez: Escribiendo el espacio de lo femenino.” Revista de filología y lingüística 27:1 (2001): 99-112.
- Hazera, Lydia. “La desmitificación del patriarca.” El punto de mira: Gabriel García Márquez. Madrid: Editorial Pliegos, 1985.
- Jesi, Furio. Mito. Barcelona: Editorial Labor, S.A., 1976.
- Köllman, Sabine. “La fiesta del chivo: Cambio y continuidad en la obra de Mario Vargas Llosa.” Iberoamericana 3 (2001): 135-49.
- Labourt, José. Trujillo: Seguiré a caballo. Santo Domingo: Editora Manatí, 2002.
- Leclair, Serge. Para una teoría del complejo de Edipo. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión, 1969.
- Lefere, Robin. “La fiesta del chivo, ¿mentira verdadera?” Eds. Isaías Lerner, Robert Nival y Alejandro Alonso. Actas del XIV Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas. Newark: Ediciones Juan de la Cuesta, 2004. 331-38.
- Losev, Aleksei. Dialéctica del mito. Colombia: Editores e impresiones T.A., 1998.

- Lurker, Manfred. Diccionario de imágenes y símbolos de la Biblia. Córdoba: Ediciones El Almendro, 1994.
- Marrero González, Eda. “El símbolo de la mariposa y el mito del dictador en la novela En el tiempo de las mariposas de Julia Álvarez.” UPR – Recinto Universitario de Mayagüez, 2007.
- Moya Pons, Frank. Manual de historia dominicana. Santo Domingo: Universidad Católica Madre y Maestra, 1984.
- Paramio, Ludolfo. Mito e ideología. Madrid: Editorial Alberto Corazón, 1971.
- Peñuelas, Marcelino. Mito, literatura y realidad. Madrid: Editorial Gredos, S.A., 1965.
- Puleo, Augustus. “Remembering and Reconstructing the Mirabal Sisters in Julia Álvarez In the Time of the Butterflies.” The Bilingual Review 23:1 (1998): 11-20.
- Rama, Ángel. Los dictadores latinoamericanos. México; Fondo de Cultura Económica, 1976.
- Rama, Carlos. La historia y la novela. Buenos Aires: Editorial Nova, 1970.
- Rodríguez, Mili. “La fiesta del chivo: Acercamiento a un monstruo.” Mensaje 49:49 (2000): 60-61.
- Rojas, Lady. “Violencia político-sexual del Estado, trauma y la historia de una víctima en La fiesta del chivo.” Mario Vargas Llosa: Escritor, ensayista, ciudadano y político. Perú: Editorial Minerva Miraflores, 2001.
- Romeo, Raquel. “Las hermanas Mirabal desde la pluma de Julia Álvarez: Retrato literario.” Letras femeninas 24:1-2 (1998): 49-56.
- Sagrera, Martín. Mitos y sociedad. Barcelona: Editorial Labor, S.A., 1967.

- Sandoval, Adriana. Los dictadores y la dictadura en la novela hispanoamericana. México: Universidad Nacional Autónoma, 1989.
- Valerio Holguín, Fernando. “En el tiempo de las mariposas de Julia Álvarez: Una reinterpretación de la historia.” Chasqui 27:1 (1998): 92-102.
- Vargas, José. Trujillo: El final de una tiranía. Santo Domingo: Editora Universitaria, 1985.
- Vargas Llosa, Mario. La fiesta del chivo. Madrid: Alfaguara, 2000.